

CAPITULO XVI.

Jess Smith advierte el peligro a Means.

En cuanto el Presidente salió de la habitación, la señora Harding corrió al vestíbulo y abrió la puerta; luego, como si sus fuerzas estuvieran agotadas, se dejó caer en una silla; respiraba con fuerza.

Tomé mi sombrero de una mesa donde lo había colocado al entrar y me dirigí a la abierta puerta para salir; pero al llegar a ella, yala señora Harding se había levantado rápidamente y llegado junto a mí.

Al pasar me colocó en la mano tres billetes de mil dólares. Los miré de soslayo y, de haber seguido mi primer impulso, los habría arrojado a la cara de ella. No había hablado una sola palabra en mi defensa. Ni siquiera había dicho al Presidente que ella me había empleado. Le dijo que los documentos estaban en mi poder... ¡reposadamente había dejado caer sobre mis hombros la responsabilidad de todo!

Bueno, mis hombros son fuertes, es cierto, y en aquel caso lo fueron lo suficiente para llegar desde la Casa Blanca en Washington hasta la Prisión de Atlanta, y para soportar en su amplitud hasta las faltas de muchísimas otras personas!

Dirigí mis pasos a mi casa, calle 16 No. 903 Noroeste.

Ya no tenía trabajo... ¡estaba despedido! ¿Me habría convertido en un cadáver político? Posiblemente. El señor Harry M. Daugherty, Abogado General de los Estados Unidos, me había cesado perentoriamente, por órdenes directas del Presidente Harding. Ya no podría cobrar mi sueldo semanario de \$89.33-1/3; pero pensé que podría continuar viviendo en la calle 16 No. 903 Noroeste, pagando la renta de mil dólares mensuales. Seguiría teniendo mi chofer particular en mi auto propio de \$5,000.00. La rutina de mi vida diaria no cambiaría en nada absolutamente, con excepción de que ya no tendría qué seguir simulando mi latoso trabajo en mi escritorio del Departamento de Justicia.

Todo esto proseguiría, pensé, a menos que... a menos que... ¡Bueno! estaría en acecho y esperaría los próximos acontecimientos.

No tardó mucho el siguiente; esa noche, entre doce y una, cuando ya me había retirado a mis habitaciones, sonó el timbre, primero largo, luego corto, después largo y dos veces corto, en el botón confidencial de la parte posterior del jardín, lo cual puso en funcionamiento el zumbador de mi

habitación. Comprendí que el que estaba en aquella entrada trasera conocía las señales confidenciales.

Siguiendo mi sistema ordinario, a través de mi ventana enfoqué mi lámpara de mano hacia la puerta de entrada, para indicar a quien llamaba, que yo iría allá.

Me vestí y fui a la puerta trasera. Uno de los secretarios del señor Douglas Boyd, que también era de toda confianza de la señora Boyd estaba ahí. Me entregó una caja para muestras, imitación de piel, diciéndome:

-- Sabrá qué es esto cuando lo haya examinado. Consérvelo mientras no tenga aviso en contrario.

Lo tomé sin contestar, cerré la puerta, fui a mi oficina y levanté la tapa.

De una ojeada pude ver lo que contenía: las cartas del Presidente Harding a Nan Britton, sus diarios, las joyas y todos los datos que la señora Harding había reunido por mi conducto.

Comprendí que ahora me correspondía andar vivo. A la mañana siguiente, después de llamar por teléfono de larga distancia al Coronel Felder en Nueva York, tomé el tren en la estación Unión cerca de las nueve. Me llevé la caja de muestras con su contenido, dentro de una más grande. Al llegar a Nueva York tomé un taxi y me dirigí directamente a la oficina del Coronel Felder en Broadway 165; era muy temprano pero él me esperaba, pues sabía que llegaría. Le entregué la caja.

Le expliqué detalladamente la situación. Era indudable que se expedirían algunos documentos por el Juzgado, entre ellos una orden de cateo, y yo quería estar en condiciones de decir que esos documentos habían estado en mi poder pero ya no lo estaban. Deseaba que él los conservara, como pruebas de mi defensa, cualquiera que dicha defensa tuviera que ser. En tal carácter, ninguna autoridad ni procedimiento legal podría arrebatárselos. Regresé a Washington, y al llegar a mi casa la noche siguiente, el señor Patterson me dijo que mi teléfono había estado sonando continuamente todo el día, sin descanso; recados del señor Burns del Departamento de Justicia y de otros, y que varios que se decían mensajeros habían venido a casa a preguntar mi paradero.

Jess Smith vino a verme esa tarde. Se deslizó por la puerta trasera como de costumbre. Yo estaba cómodamente tendido en un diván en mi oficina, en mangas de camisa y leyendo el New York Times.

Jess estaba tan excitado que difícilmente podía hablar.

-- ¡Santo cielo... ¡hombre! ¿Cómo puede estar ahí tirado leyendo periódicos?

Dejé el periódico y me enderecé.

-- No tengo que hacer, le dije sonriendo.

-- Tienes mucha razón, no tienes que hacer. Todo el mundo sabe... ¡que has sido despedido!

-- Ya en otra ocasión he sido cesado.

-- Esto es distinto y bien lo sabes. Entonces estabas "con ellos", ayudándoles en sus sucias combinaciones. Y ahora... ¿quién sabe cómo estás?

-- No te apures Jess, estoy aquí y aquí seguiré.

-- ¿Pero no comprendes el grave enredo en que te has metido? No sabes... ¿que no te dejarán hablar? Te callarán, Gaston, aun cuando tengan que hacerlo con un silenciador supremo.

-- Siéntate, Jess, y descansa y cuéntame todo lo que pasa.

Se sentó de frente hacia mí.

-- Se dice que trataste al Presidente como si fuera un peón.

-- Así podría entenderse, asentí.

-- Y además, creen... que tuviste miedo y corriste.

-- ¿Tuve miedo, eh?

-- Esa es otra cosa que nadie podrá hacer nunca. ¡Miedo! Al primero que tenga miedo o que ellos crean que huirá o hablará... ¡pam! ¡Reventará! Te lo digo, Gastón, estás en un aprieto peligroso. ¡Yo lo sé bien!

-- ¿En qué clase de peligro crees que estoy, Jess?

-- ¡Completo! No van a dejar que nadie hable. Se desharán de tí... yo te lo aseguro... y sé muy bien lo que quiero decir. Nadie hablará: "¡los muertos no hablan!"

-- ¿Y quién pudo haber dicho... que yo hablaría? Bien saben que nunca hablaré.

-- Vaya... ¡has cruzado aceros con el Primer Jefe!... ¿Comprendes? Se te echarán encima porque sabes demasiado. Caramba, hombre... ¡tú podrías volar la cúpula del Capitolio! ¿Y no crees que ellos lo saben? Y no esperes que se queden quietos esperando que tú hagas una cosa u otra.

-- ¿Qué harán?

-- Te mandarán con alguna misión a alguna parte; misión importante, en la que te atraerán a una celada... Quizá pondrán un poquito de polvo blanco en alguna bebida; de ese polvito que acaba con uno rápida y suavemente. Te podrá tocar alguna bala perdida; podrás ser mandado a la prisión; ¿no te apuras por lo que pueden hacerte?

-- Esta fortaleza en que me han encerrado es un lugar bastante seguro ¿o no?

-- No. No podrás estar aquí encerrado para siempre. ¿Qué no sabías que los tiranos siempre se deshacen de los instrumentos de que se valen? En el momento en que has dejado de ser tan útil... ¡cuidado! O bien, en el instante en que te conviertes en un peligro... ¡el peligro es para tí!

-- ¿Y por lo que a tí respecta? pregunté mordazmente; como yo había sospechado, comenzaba él a tener miedo por sí mismo. Jess nunca había sido notable por lo valiente.

-- ¡Tú lo has dicho! No creas que no comprendo cuánto me quieren... no estoy ciego, ni sordomudo. Pronto sucederá que... ¡sálvese quien pueda! Ya lo sé; pero por ahora tú eres quien está en peligro, Gastón; sigue mi consejo.

Naturalmente, yo bien comprendía que Jess no me decía todo lo que él sabía, pero estaba sincera y honradamente preocupado por mi seguridad. Continuó diciendo:

-- ¿Te acuerdas de aquella muchacha que recibió un botellazo en la cabeza, en la casa de la calle H? ¿Te acuerdas? Todo había quedado en silencio; nadie sabía ni jota.

-- Sí.

-- ¿Te acuerdas de aquel muchacho reportero que husmeó la verdad y se atrevió a pensar que el cuento de una muchacha asesinada de un botellazo en una fiesta en la "Casita del Misterio" era buena noticia para su periódico? Era un buen muchacho, cuyo deber era "sacar" nuevas. ¿Te acuerdas de lo que le pasó?

-- Sí.

-- ¿Y te acuerdas cómo me acosaba a preguntas ese muchacho, sobre lo que había pasado en aquella fiesta? Y traté de despistarlo, pero no lo logré; y se atrevió todavía a más; se dirigió a la "camarilla" para confirmar la noticia y demás detalles. No se necesitó mucho para meterlo en un manicomio, ¿verdad?

-- ¿Pero qué relación puede tener eso conmigo?

-- Piénsalo, Gastón, estás en peligro y... yo también.

-- No le costó mucho trabajo a ese muchacho reportero

salir del manicomio de Santa Elisa, eh? le recordé además.

-- Pero tú no tienes un papacito rico y poderoso que venga en tu auxilio y te saque... y arregle todo... eh? Al menos yo no lo tengo.

¡Jess Smith no sabía todavía lo que Gaston Means ya sabía: que el eslabón débil de la cadena no se creía que fuera Gaston Means, sino precisamente Jess Smith!

-- Bueno, Jess, preocúpate primero por el número uno.

Todas las líneas de su fisonomía expresaron su aprobación a mi consejo.

-- De hoy en adelante... presiento que eso es lo que tendremos que hacer todos, me contestó.

-- Bueno, hazlo y no te preocupes por mí. Luego le pregunté, tras una pausa momentánea:

-- ¿Quién dijo que yo corrí?

-- Todos saben que no estabas aquí, aclaró.

-- Ahora escúchame. Una vez me acusaron de asesinato, y volví a la escena a sesenta millas por hora para afrontar la situación. Podré ser culpable, Jess, de cualquiera cosa en el mundo, menos de dos: nadie ha podido nunca decir, ni lo podrá asegurar jamás, primero, que soy un cobarde; y -segundo, nadie se atreverá a decir que no soy un buen investigador.

-- Eso es cierto.

-- Si yo corrí, ciertamente regresé tan de prisa como salí, a la misma velocidad y con el mismo valor...

Jess se movía de un lado a otro; estaba terriblemente nervioso y parecía tener miedo de salir. Se estremecía a cada ruido. Lo invité a quedarse a cenar conmigo y aceptó. Comimos juntos en el comedor del primer piso.

Ya había oscurecido cuando terminamos de cenar y regresamos a la oficina, pero él no daba trazas de despedirse. Poco a poco comencé a sospechar que Jess tenía realmente miedo de salir de la casa.

-- ¡Cáspita, Jess, juraría que tienes miedo de salir de la casa!

Se violentó pero dijo:

-- ¡Por supuesto, que es una tontera! Gaston, te aseguro que te van a pegar en alguna forma.

-- ¿Temas que, si sales, alguien pueda confundirte conmigo?

-- ¿Es posible, verdad?

-- Muy bien, Jess, toma tu sombrero, y yo saldré primero para que, si quieren, me tiren a mí primero; o... saldremos juntos y te acompañaré hasta el Hotel Wardman Park, y te arreglaré tu biberón.

Se sonrojó y se puso bruscamente el sombrero.

-- ¿Es divertido, verdad? ¡Muy divertido! Ya verás, ya verás cómo tengo la razón.

Daba compasión ver su terror al oír hablar de peligros; y al ponerme sobre aviso, sus pensamientos habían girado sobre el miedo de lo que podría pasarle a él.

Lo acompañé hasta la puerta del Hotel Wardman Park y ahí me despedí. Sus últimas palabras fueron:

-- Se viene un desplome, Gaston. ¡Lo presiento! Las cosas se están poniendo de modo; y cuando llegue... ¡sálvese quien pueda! Pero tú y yo deberíamos unirnos; tenemos que defendernos juntos.

-- Naturalmente, Jess, naturalmente, le aseguré al despedirme.

Regresé lentamente a mi casa, pensando cuán cerca de la verdad podría estar realmente Jess.

El señor Patterson, mi suegro y consejero, salió a recibirme a la puerta y a decirme que en la oficina había un visitante.

Me esperaba uno de los secretarios de la señora Boyd. Reconocí en él a la persona que me había entregado la caja para muestras la noche anterior y que yo había pasado al Coronel Felder en Nueva York.

Mi saludo fué: -- ¿En qué puedo servirle?

-- Se sabe que se formulará una queja contra usted, para provocar la expedición de una orden de cateo de su casa.

-- Siéntese, le dije con sincera cordialidad, pues supuse que me podría dar noticias muy valiosas. Lo hizo y yo me instalé en la silla giratoria junto a mi escritorio.

-- ¿Y bien?

-- Tengo instrucciones, me dijo, de preguntar a usted si está preparado para hacer frente a esa contingencia.

Sin preguntar supe que él había sido enviado por la señora Boyd, o lo que es lo mismo, por la señora Harding.

-- Eso depende de lo que abarque la orden de cateo y hasta dónde quieran buscar, sugerí.

-- Que yo sepa, me aclaró, se interesan principalmente por la caja para muestras que yo le entregué anoche.

Lo tranquilicé luego a ese respecto.

-- ¡Ah! Pueden buscarla aquí todo lo que gusten; ojalá que concretaran los pisos que habrán de catear, pues no tiene objeto que revuelvan toda la casa. O, si quieren... ¡que lo hagan!

Con seguridad que él lo comunicaría a la señora Boyd y ella a su vez a la señora Harding; y con seguridad que él andaba en el Departamento de Justicia con frecuencia y oía muchas conversaciones importantes. En forma incidental le pregunté:

-- ¿Qué sabe usted que haya?

Su respuesta fué franca y al asunto:

-- Hay grandes influencias que van a perjudicar a usted.

-- ¿Lo cree?

-- Lo sé de cierto.

-- ¿Cómo? ¿Dónde?

Se sonrió al explicar: -- En la calle no. Se ha rumorado entre los que están en el secreto, que usted ha sido separado del Departamento de Justicia.

-- Eso es rigurosamente cierto.

Me sentía completamente seguro de que lo que yo le dijera, él lo repetiría y llegaría a oídos de las "grandes influencias" de que me hablaba. Sería yo cuidadoso... pero esta era mi oportunidad; le dije, por lo tanto, midiendo cada palabra:

-- En el momento en que cualquier americano crea conveniente trabajar contra mí... con el motivo o pretexto que exprese en su acusación y con cargos concretos... le saldré al frente a cualquiera hora, en el lugar adecuado y en la forma que debe ser. Ahora, ¡escúcheme! Si se me lanzan cargos falsos buscando la manera de catearme... me defenderé dando a toda la prensa en el país, la historia detallada del asunto del Coronel Darwin.

Pareció intrigado, pues bien sabía yo que él no podría

comprender toda la trascendencia de lo que le dije; aunque yo confiaba en que lo recordaría. Me preguntó:

-- ¿Me dice usted ésto, confidencialmente, para que nadie lo sepa?

-- No, le aclararé; lo digo como una advertencia y como defensa también.

Cuarenta y ocho horas después se me insinuó que estaba bajo constante vigilancia; a las setenta y dos horas pude cerciorarme de ello por sí mismo; también observé que mi correspondencia estaba siendo abierta y los hilos de mi teléfono estaban acoplados.

¿Tendría razón Jess Smith?

No llegó a expedirse la orden de cateo. Tuvieron suficiente sentido común para comprender que yo no conservaría papeles o documentos donde pudieran ser descubiertos.

Uno o dos días después recibí una visita amigable, con nueva advertencia. Esta vez era el Coronel Miller.

Me dijo: -- Gastón, eres hombre de buen sentido y perspicaz. No andes por las calles de Washington; no entres a recibidores de hoteles o a edificios públicos. ¿Comprendes?

-- Sí.

-- Hay varios motivos. No conviene que te acosen los periodistas; pueden éstos recibir consignas; de hecho... ya comienzan a hacer preguntas especiales; alguien ha hablado ya demasiado...

-- Ellos saben... que yo no hablo, repuse.

-- ¡Ellos NO saben NADA... AHORA! Cuida tus pasos.

Sus indicaciones congeniaban admirablemente con el plan de acción que precisamente me había señalado a mí mismo: quedarme quietamente en la casa y vigilar los acontecimientos. También me dió oportunidad de dedicarme más de cerca a mi familia, lo cual era una satisfacción.

Diariamente, mi esposa, mi hijo y la nodriza, y algún familiar íntimo iban conmigo en el carro, saliendo muy de madrugada, algún viaje largo, por ejemplo a Maryland, o a la Costa Oriente, o a Virginia, a visitar campos de batalla históricos. Una vez fuimos al Embarcadero Harper. Generalmente regresábamos a media noche. Esta situación se prolongó por varios días.

Meses antes yo había efectuado una investigación del Coronel Darwin, que me encomendó la señora Harding. Después de esta investigación ella se había rehusado a admitir en sus fiestas al Coronel, y éste había sido hecho a un lado por todos los demás.

Y ahora, mientras que yo andaba invernando y campeando con mi familia y bajo vigilancia, periódicos importantes en todo el país comenzaron a hacer preguntas de importancia. El primero fué el "Chicago Tribune"; rumores... insistentes rumores estaban llegando a la Prensa Asociada; y a la Prensa Unida, y al Servicio Universal. Editores prominentes de los principales periódicos de la nación venían a Washington a hacer preguntas determinadas.

¿Quién estaba dando aquellos datos a los periódicos? Yo estaba limpio, pues me andaban vigilando. Al mismo tiempo supe que se estaba tratando de procesarme en Washington o en Nueva York. Estaban preparándose a sacrificarme para aplacar los rumores públicos. También sabía que era difícil procesarme sin mezclar a Jess Smith y a todos los demás, aun cuando mostrara yobuena disposición para callar. La sola idea y la primera indicación en este sentido hizo que Jess Smith entrara en un paroxismo de terror y miedo... por mí y por él.

-- No lo harán; cálmate, Jess; no lo harán, le repetí muchas veces, cuando venía a mi casa a sentirse seguro, pues eso era lo que en realidad encontraba en ella.

-- Es la guerra, te lo digo, ¡es la guerra! gemía.

-- Piensa esto, Jess: Mientras esta casa, de la calle 16 No. 903 siga como está, nadie se atreverá a hacer nada. Si los periodistas lo supieran... una investigación en esta mi casa mandaría a la mayor parte de los de la camarilla a la cárcel para toda su vida!

Jess ya estaba poseído nuevamente de pánico.

-- ¡Quemarán esta casa! será lo primero que hagan. ¡Acuérdese! ¿No quemaron todos aquellos tanques que estaban llenos de vino, y que vaciaron antes de quemarlos? Y nadie supo que los habían vaciado... ¡millones y millones de dólares!

-- No quemarán esta casa, le aseguré con toda la firmeza que pude.

En aquel momento sonó mi teléfono, que había estado extrañamente silencio aquellas semanas.

Al contestar, una voz me dijo:

-- Quiero hablar a Gaston Means.

-- Habla Gaston Means.

Ya había reconocido yo su voz antes de que me dijera:
-- Señor Means, habla el Presidente Harding. Bien sé que hay rencillas entre nosotros; pero quizá podríamos olvidarlas por el momento en beneficio de todos.

-- Puedo hacerlo.

-- Quisiera que usted haga un trabajo muy delicado que deseo confiarle.

-- ¿Cuál es? Estoy a sus órdenes.

-- Alguien está "pitando" a los periódicos; quiero que ponga usted inmediatamente bajo la más estricta vigilancia al Coronel Darwin. ¿Comprende?

-- Comprendido.

-- Gracias.

Y colgamos los audífonos.

¿Que si lo entendía? Risa me causó ver a Jess Smith, de pie en el centro del despacho, su boca bien abierta, la cara pálida como el mármol y sus grandes ojos casi saltando de sus órbitas.

-- Jess, tengo una importante comisión del Presidente Harding.

-- ¡Cielo santo y poderoso!

CAPITULO XVII.

Jess Smith amenaza con "decirlo todo".

-- ¡Te lo dije, es una trampa! ¡Gastón, es una trampa; no lo hagas! ¡Es una celada! balbuteó Jess.

-- No es trampa; es negocio, y no lo olvides.

-- ¡Pero si tú mismo estás bajo espionaje! exclamó.

-- Posiblemente, pero investigaré lo relativo a nuestro amigo el Coronel Darwin; ya lo verás.

Pero él no se convencía, e hizo su declaración final:

-- Puedes hacer lo que te agrada, pero yo voy a preocuparme por el número uno. ¡Se acordarán de mí!

Me sentí aliviado con su partida, pues necesitaba estar solo para coordinar mis pensamientos.

El Coronel Darwin era uno de los hombres más magnéticos que en mi vida he tratado. Antes de la administración Harding había andado rondando Washington durante años; era un impulsor del negocio petrolífero y representaba intereses del Oeste. Cuando en administraciones anteriores, los campos petrolíferos Tea-Pot-Dome y los de California, pertenecientes al Gobierno fueron puestos bajo el dominio de la Marina y en esa forma se descartó la posibilidad de su explotación por medio de corporaciones particulares, el Coronel Darwin comprendió que sus más grandes aspiraciones se habían visto frustradas... pues ambicionaba que instituciones particulares explotaran los campos aceítíferos, que se suponían riquísimos.

El escándalo del petróleo en la administración Harding es ya viejo; y aún así, hasta ahora no ha sido superado en los anales criminales, por su excepcional maldad y rapiña. Ha sido objeto de ruidosos procesos y la prensa se ha ocupado extensamente de él; por lo que no lo repetiré, aunque en realidad nunca se ha dicho la verdad exacta.

El Coronel Darwin era un visitante asíduo a mi casa de la calle 16, No. 903. Era hombre muy hábil e inteligente; se hacía querer tanto de las mujeres como de los hombres.

Su actuación entre las mujeres había sido sorprendente. Se había casado seis veces, y se rumoraba que de cada una de sus esposas había recibido cuando menos trescientos mil dólares. Era un admirable creyente de la Biblia y de la interpretación literal de aquello de "La mujer fué hecha para el hombre". Yo lo había oído decir: "Con regalar tres flores y un listón a una telefonista se la convertirá en esclava. Por ningún motivo se le dé dinero nunca; pues creará que está usted

comercializándola".

En uno de sus asuntos amorosos dió buena escalada. Hizo la corte con éxito a la hija de un gran comerciante en mercería, de Washington, que poseía muchos millones. Logró apoderarse de todo el dinero que su mamá la había dejado y cuando estaba proyectando hacer algo similar con las talegas del padre, éste intervino y se llevó a la hija, alegando que estaba extraviada de la razón.

-- Sí está loca, el Coronel había dicho... ¡pero de amor!

La persona que realmente figuró tras las bambalinas en los casos petroleros Sinclair y Doheny fué el Coronel Darwin. Naturalmente, el decreto del Presidente Harding, expedido tres meses después de su toma de posesión y el traspaso de los campos petroleros de la Marina al Departamento del Interior, fué posteriormente declarado ilegal por la Suprema Corte. El señor Daugherty sabía, cuando se hizo el traspaso, que éste era ilegal y el Presidente Harding debe haberlo sabido también... de aquí la importancia del recado que indirectamente mandé yo a las "grandes influencias" por conducto del secretario del señor Boyd. Comprenderían lo que quise decir y se darían cuenta de que estaba a la defensiva.

La mejor manera, aunque burda, de obtener una enorme suma de dinero era amenazándolos con la posibilidad de vender a algún periódico una sensacional narración, apoyada con la evidencia documentaria que fácilmente se podría mostrar.

El Coronel Darwin estaba procediendo en esa forma, espolado por un sentimiento de amor propio ultrajado y de injusta venganza por su aislamiento social. Insinuó la parte que la camarilla del Presidente tuvo en el estado seco... desde los arrendamientos petrolíferos hasta entonces. Yo nunca supe que el señor Fall les haya hecho partícipes de algo. Y muchos otros altos funcionarios en Washington temían al Coronel Darwin.

Por consejos del Coronel Darwin, la adquisición de los campos petroleros había sido llevada a cabo por compañías particulares, habiéndose registrado una alza tremenda en los valores de sus acciones. Todos los que estuvieron "en el secreto", incluyendo varios altos funcionarios, realizaron enormes utilidades con la compra de las acciones. Todas aquellas transacciones e intrigas habían sido discutidas y ejecutadas en la calle 16 Noroeste, No. 903.

El Coronel Darwin había sido un asiduo visitante de la Casa Blanca. La señora Harding recibió una carta anónima en la que se le informaba de sus aventuras con mujeres; esto era algo que la señora Harding no podía ni debía soportar: exigió que el Presidente Harding investigara el asunto; el Presidente no daba crédito a aquellas noticias, pero en vista de la insistencia de la señora Harding, me confirió esta investigación.

Llevé a cabo la investigación personalmente, dando por resultado que se confirmaran las noticias y rumores relativos. Desde entonces el Coronel Darwin no volvió a recibir una invitación de la Casa Blanca; el señor Daugherty se vió obligado también a abandonarlo. Entonces el Coronel Darwin adquirió una espléndida finca en Pennsylvania y se retiró, llevando la vida de un rico hacendado sin quehacer, con buenos caballos, buenos perros, etc.

Cuando comenzamos a escuchar los primeros rumores de la tempestad que se avecinaba, estuvimos seguros de que alguien estaba azuzando a los periódicos; y en este instante en que el Presidente acababa de darme sus instrucciones por teléfono, me dí cuenta de que del Coronel Darwin era de quien se sospechaba, y era de mi deber aclararlo.

Trabajé fuerte y rápidamente, pero a pesar de los esfuerzos que desarrollé y del cuidado que desplegué en tocar todos los recursos imaginables, me fué imposible obtener pruebas escritas de que el Coronel Darwin era quien estaba "cantando" a la prensa.

Varias veces, sin embargo, logré obtener y mostrar a la camarilla, artículos anónimos, escritos a máquina, con informes tan precisos y detallados que no podían menos de impresionar y convencer. Estos artículos pude comprobar que estaban hechos con tipo idéntico al de la máquina del Coronel Darwin; pero hay tantas máquinas que tienen exactamente la misma escritura... que se dificultó sobremanera determinarlo con absoluta exactitud.

La situación comenzaba a ponerse crítica. ¿A dónde iría a parar? Se escucharon rumores de investigaciones en el Senado; muchos importantes diarios usaban con relativa frecuencia la palabra "delaciones".

La camarilla se reunía nuevamente en la calle 16 No. 903, y ya se celebraban juntas todos los días. El Coronel Felder venía de Nueva York con frecuencia para aconsejarlos.

Durante todo el tiempo que anduve trabajando en la investigación del Coronel Darwin, Jess Smith no salía de mi casa, noche y día. Cada visitante parecía ponerlo en un nuevo frenesí de terror... tan sólo de imaginarse las espantosas consecuencias, que podrían alcanzarme a mí... y a él también.

-- ¿Te acuerdas de C. F. Cramer, verdad? Murió repentinamente, en el baño de su propia casa. Lo hicieron aparecer como un suicidio.

Yo mismo había estado pensando ya en Cramer...!

-- Tenía muchas penas domésticas... dije a manera de explicación; pero Jess continuó:

-- Se querían mucho él y su esposa cuando llegaron por vez

primera a Washington ¿te acuerdas? Después, Cramer tuvo muchas dificultades, por cierto... por cierto.

-- Dejémoslo descansar de sus dificultades.

-- Y se esfumó... con esos polvitos blancos que tú conoces; puede haberlo hecho él... quizá no; pero su desaparición ha sido terriblemente conveniente y oportuna.

-- Acabemos, Jess; con eso basta y sobra.

-- ¡Te digo, Gastón, que esto significa la guerra sin cuartel! Yo me estoy preocupando ya por el número uno, y ¡por Dios! Gastón, cuídate tú también. ¡Eres tan despreocupado! No parece que ves el peligro nunca.

-- Nada tengo que temer; todos saben... que yo no sé hablar...

-- Te podrán obligar a hablar...

-- Es casi imposible; nunca se me ha obligado a hacerlo cuando no lo he querido.

Jess ya tenía lista otra terrible noticia.

-- ¿Conociste a Harry M. Mingle, o no? Acuérdate de él. ¿Qué clase de peligro entrañaría? Pero dedícame más atención...

(Harry M. Mingle era Abogado de los banqueros Japoneses Matsui y Cía. Anduvo mezclado en el asunto de la "Standard Aircraft").

Jess continuó:

-- Tú mismo investigaste el caso de la "Standard Aircraft", de manera que lo conoces bien. Acumulaste demasiadas pruebas y sin embargo no se llevó adelante el asunto. ¿Te acuerdas que te entregaron cien billetes de mil dólares en el Hotel Bellevue, que tú me pasaste dos horas después? ¿Te acuerdas?

-- Dieron quinientos mil dólares en total... aseveré secamente.

-- ¿Te acuerdas del abogado Thurston, de Boston? Era el Abogado Independiente de la Oficina Revisora de las Propiedades Aliadas; y murió... repentinamente... ¿o NO? ¡Más polvillos blancos! apostaré mi cabeza.

-- La moraleja es, entonces, Jess, le dije riendo, "no te acerques a los polvillos blancos"...

Pero Jess no había terminado; su imaginación trabajaba febrilmente.

-- ¿Te acuerdas de Miguelito... el pobrecillo tan fiel?

Se acabó su cartel... y murió también... ¿o no?

-- Por Dios, Jess... piensa en algo más agradable; todos tenemos que morir.

-- Bueno... pero yo no tengo intenciones de morirme hasta que sea tiempo, y menos para complacer a alguien. ¡Te lo aseguro! Ya estoy alineando mis soldados...

-- ¿Es posible? ¿Cómo es eso?

-- Para comenzar... he hecho algo que ni tú ni nadie más sabe que tengo; tengo una cuenta detallada de todas las transacciones de todo género... que han pasado por mis manos.

Me espantó la noticia, y él se dió cuenta de ello.

-- ¿Qué?

Bien sabía yo que el conocimiento de este pequeño detalle sería una bomba de dinamita y de metralla en el campo de toda la camarilla Harding.

-- ¿Creíste que yo sería lo suficiente torpe para no llevar libros?

Se podía ver que estaba él firmemente decidido.

-- Nadie lleva libros, Jess, en esta clase de negocios.

Movió la cabeza enfáticamente.

-- ¡Bueno, pues yo lo hago en cualquier negocio! Siempre lo he hecho y siempre lo haré.

Yo estudiaba mentalmente esta nueva circunstancia.

Todos sabíamos que el eslabón débil de nuestra cadena era Jess Smith; pero esta debilidad era de una índole distinta... ¡que no nos habíamos imaginado! Y además... ¡era la más peligrosa!

-- ¿Lo saben los demás? le pregunté curiosamente.

-- Anoche se los dije, continuó ingenuamente; y se espantaron tanto, que no me dejaban en paz y me exigían que inmediatamente les entregara todos mis papeles. ¡La gran bronca!

Comprendí claramente la consternación que este detalle casual había producido en el ánimo de algunos individuos. ¡Jess Smith tenía un registro escrito y detallado de todos los "negocios" que habían pasado por sus manos! ¡Y... TODO había pasado por las manos de Jess Smith! ¡Qué registro aquél! ¡Y con qué facilidad podría ser verificado y corroborado!

-- Por pura curiosidad, Jess... ¿dónde guardas esos re-

gistros? le pregunté.

-- Ajá... ¡Cómo les gustaría saberlo a ellos! Pero ¡no lo sabrán!

-- ¿No me lo dirías a mí?

-- Sí te lo diría, Gastón; sólo que quiero que estés en posibilidad de decirles que no lo sabes, si te lo llegan a preguntar.

-- Así está mejor, asentí. Evidentemente que Jess mejoraba en sentido común.

Muchos consejos de guerra se efectuaron con toda la camarilla en la calle 16 No. 903, en ausencia de Jess Smith, con relación a su costumbre de llevar contabilidad, y a aquellos registros fatales que había arreglado y escondido con tanto cuidado y trabajo.

-- ¡Esos registros tienen que ser destruidos! había ordenado uno de mis jefes. Señor Means... usted nunca ha fracasado al tratar de obtener unos documentos: Le encomiendo ahorita mismo la misión de sacar a Jess Smith esos papeles.

-- Eso no puede hacerse... dije de plano.

-- ¿Por qué?

-- Creo... que los lleva consigo, y ese es el motivo.

-- ¿Se lo dijo él?

-- No, pero esa es mi idea.

Alguien dijo:

-- Lástima que un automóvil no pueda atropellarlo en la calle, eh?

Otro observó: -- ¡Y que llegaran esos papeles a manos de la policía! ¿Estás loco?

-- Eso no saldría bien; ¡sin duda que no!.. aprobaron todos.

-- Lástima que no haya muerto de su operación de apendicitis!

-- ¡Es una gran lástima!

-- Y dice que cada día se siente mejor y que la herida hace tiempo que cicatrizó. Y juega golf... aseveré, dando a entender que un hombre que juega golf con frecuencia, debe estar en muy buenas condiciones físicas.

-- Si no manejara su carro con tanto cuidado... podría "caer" en algún precipicio... dijo otro.

-- Jess no es capaz de hacerlo.

Se calcularon todos los medios indirectos imaginables para deshacerse de Jess Smith y uno a uno se fueron discutiendo: "Afortunado si cayera al agua... en algún paseo". O bien "si llegara a tomar vino envenenado". "O cayera de un elevador". "O perdiera el equilibrio en el tren cuando éste fuera a buena velocidad"... y así sucesivamente.

-- ¡Cáspita! Es un traidor a su gobierno y debe ser tratado como tal... dijo alguien ásperamente.

Esta idea era nueva y agradable. ¡Traidor al gobierno! ¿Si no era eso... entonces qué era? Pero escuchen: ¡es peligroso hablar de ese modo!

Rápidamente dije algo en su defensa:

-- Veamos, señores. No sabemos qué es lo que piensa hacer Jess con sus informes y registros detallados. No lo declaramos traidor hasta que él se descubra. Posiblemente no se atreverá a hacer nada. ¿Qué podría él hacer a los demás sin ponerse a sí mismo la soga al cuello?

Mi razonamiento era lógico, pero alguien se interpuso:

-- ¡Es un gato tan miedoso! Hará cualquiera cosa por salvar su pellejo. ¡Tenemos qué destruir esos papeles!

-- Concedámosle el beneficio de la duda. No lo saben ustedes de cierto, ni lo sé yo tampoco, insistí. Realmente me daba compasión Jess. Había perdido la calma completamente y tal vez... su terror instintivo del peligro cercano, amenazante, no era todo producto de su imaginación!

Otro dijo:

-- Pero cuando lo sepamos... ya habrá regado la pólvora! Tenemos que vigilarlo... espiarlo segundo por segundo, de día y de noche.

Pude imaginarme fáciles complicaciones:

-- Es difícil, a menos que nosotros lo hagamos... vigilarlo y seguirlo.

¿A quién podía confiarse la vigilancia de Jess Smith? A nadie que no fuera de la camarilla.

-- Entonces tendremos que hacerlo nosotros... y luego lo dejaremos; le serviremos de nodrizas mientras logramos apoderarnos de esos papeles.

Mientras tanto, pude darme cuenta de que mi proceso adelantaba; y comprendí también que el mismo era necesario para calmar al público; todos lo veíamos y reconocíamos la necesidad de hacer un sacrificio. Por fin hablé a la asamblea:

-- ¡Pero hombres! si eso es lo que quieren... ¡yo les serviré! Me declararé culpable; pero no quiero ir a la prisión.

Todos se apresuraron a darme las mayores seguridades.

-- ¡Ah! no hay que temer eso; nunca irás a la prisión. ¡Eso nunca, nunca pasará!... me aseguraban una y otra vez.

Por fin llegamos a un acuerdo definitivo. Yo debería declararme culpable de cualquiera acusación que se me hiciera... y todos me prometían solemnemente que solamente se me multaría. No me pareció mal; cuando menos, el perjuicio sería menor que el que cualquiera de ellos sufriría, pues yo ya había sido procesado una vez antes en mi vida.

Jess vino conmigo esa noche, después que todos habían partido. Era un manojó de nervios, no podía tenerse quieto un instante y parecía a punto de sufrir un ataque de histeria, o de perder el conocimiento; no podría precisarse.

-- Gastón, ¿no comprendes que sus promesas e intenciones pueden desvanecerse? Supón que se les escapa de las manos tu asunto... ¡supón que el caso pasa de las manos del Abogado del Distrito, o del Juez amigo a otras manos!

-- Jess... el Gobierno de los Estados Unidos me lo ha prometido; no corro riesgo.

-- ¿Quiénes formen el Gobierno de los Estados Unidos?

-- ¿No lo sabes?

-- Demasiado lo sé...

-- Entonces cuida tus pasos y no te conviertas en un traidor. Esa palabra tiene un sonido muy desagradable, Jess.

-- ¡Traidor! ¿Quién es el traidor? ¡Ellos te traicionarán, si no te cuidas tú! ¡Y me traicionarán a mí también! ¡Cada uno está cuidando a nadie más que al número uno, desde el primero hasta el último! Ahora piensa: si te procesan... y sucede algo raro... o algo no sale bien?

-- No puede salir mal; el Gobierno de los Estados Unidos me está defendiendo.

¿Podría tenerse un defensor más poderoso que el tribunal judicial más fuerte del mundo? Si ellos no pueden hacer lo que quieren... ¿entonces quién?

-- Te digo, Means... ¡supón que alguien hace trampa...

con esos procedimientos penales tan elásticos... dime ¿qué podría pasarme a mí?

-- De manera, Jess, le dije sonriendo, que... ¿eso es realmente lo que te preocupa más?

Pero Jess no podía sonreír ya.

-- Te digo... que es la guerra! ¡Sálvese quien pueda! Tú podrías hacer tu simulacro tan grande y tan adornado como quisieras; pero si sigues mi consejo, en tu lugar dejaría el asunto del sacrificio y haría lo que voy a hacer yo.

-- ¿Y qué vas a hacer?

-- ¡Voy a brincar la reja! Revelaré los secretos de Estado.

-- ¿De manera que es ese tu juego?

-- Por fuerza y con la ayuda del diablo.

---Entonces... ¡sálvese quien pueda!... le repetí, pero ya ni caso hizo.

Jess se había quedado solo conmigo, y de acuerdo con el convenio con los demás, lo estuve vigilando hasta que "otro" de la camarilla lo acompañara. De manera que por segunda vez, y para gran satisfacción de él, pues estaba aterrado y no se atrevía a caminar sólo por las calles, tomé mi sombrero y lo acompañé al Hotel Wardman Park, donde lo dejé. Jess Smith continuaba bajo nuestra más estricta vigilancia, como hombre alguno pudo jamás ser espionado o podrá serlo.

Ahora ya sabía yo que Jess Smith era un traidor a su gobierno, y como tal... ¡debería dejar de existir!

---:~:---

CAPITULO XVIII.

Means colecta el "enjuague" del estado seco.

Es realmente difícil asegurar una protección efectiva a alguien a espaldas de la ley. La ecuación humana es muy incierta. ¡Pueden suceder tantas cosas inesperadas! Hay tantas cortapisas y coincidencias...

Por ejemplo, yo puedo ser enviado a Nueva York a proteger a determinado grupo; concederles ciertos privilegios... digamos por dos meses; si me enfermara repentinamente o me pasara algún accidente, alguien tendría que substituirme. Si dejo mi trabajo aún por dos días, puede pasar también algo anormal.

Sin embargo, los contrabandistas en gran escala de Nueva York querían contar con la protección federal, pagándola, y se les había concedido (20). En el bajo mundo se supo que podían pagarme a mí aquella protección. Entonces estaba alojado en el Hotel Vanderbilt, en un elegante apartamento.

Nuestro sistema era bien sencillo; teníamos nuestros corredores, veinticinco hombres conocedores del bajo mundo. Nos mantenían informados de las utilidades que los distintos contrabandistas estaban obteniendo. En vista de sus informes, mis jefes fijaban la cantidad que cada uno habría de pagar a cambio de la inmunidad. Luego se les notificaba de la cantidad que cada uno debería enterar.

Como no queríamos que los contrabandistas entregaran ese dinero a ninguna persona, tomé otra habitación, en distinto piso del Hotel Vanderbilt, digamos la No. 518; este cuarto se hacía aparecer en el registro del hotel a nombre de otra persona, y de idéntica manera se tomaba el No. 517, o sea el contiguo.

Puse en el No. 518 un gran recipiente de vidrio, por el que se pudiera ver fácilmente hacia dentro; para este fin utilicé una pescadera grande, redonda. Luego hice un pequeño agujero de atisbar, en la puerta que comunicaba del 518 al 517; el globo grande de cristal estaba colocado en un lugar muy visible del 518, sobre una mesa.

El comprador de inmunidad recibía la indicación de estar en aquel cuarto a una hora absolutamente exacta, y ahí encontraría un lugar dónde depositar el dinero. A alguno se le ordenaba que entrara al 518 a las 10.16, tiempo reglamentario; a otro, digamos, a las 11.42... siempre al minuto exacto, asegurándose de su precisión y rapidez.

La persona entraba al 518, sin encontrar a nadie, pero descubría el globo de vidrio, que siempre contenía billetes de banco. A través del agujero de la puerta, yo lo vigilaba

sin cesar desde el 517. Ellos recibían la orden de no traer nunca billetes menores de \$500, y debían arrojar dentro del globo determinado número de billetes de quinientos o de mil dólares. Yo vigilaba por dos motivos: para cerciorarme de que depositaba su dinero y de que no se llevaba nada del otro. Tan pronto como él salía, rápido como el pensamiento entraba yo por la puerta de comunicación y cerraba con llave la exterior; luego contaba los billetes. ¡Ni una sola vez me estafaron! Yo dejaba todavía ahí el dinero, por ejemplo los diez mil dólares, dentro del globo; quitaba la chapa exterior de la puerta y me iba al cuarto contiguo a esperar al siguiente cliente. Cada individuo recibía la orden de arreglar su reloj exactamente con el tiempo reglamentario y llegar al segundo preciso.

Los contrabandistas son jugadores leales en asuntos semejantes; el dinero que veían en el globo les hacía comprender que había otras personas que también estaban comprando la inmundidad.

En la noche, después de terminar el negocio, pues generalmente seguíamos el horario de la unión, en lo que todos los empleados de gobierno son estrictos, y habiendo terminado mi día de labores, iba a mi caja registradora (el globo de vidrio) y contaba mis ventas del día: generalmente de \$55,000 a \$65,000 diarios.

Con este procedimiento y en el Hotel Vanderbilt, "trabajamos" el territorio, no solo la ciudad de Nueva York, sino todo el Estado; y además, Massachussets, Connecticut, Rhode Island, New Jersey y Eastern Pennsylvania.

El producto aproximado de cada visita que yo hacía podía estimarse en un cuarto de millón de dólares.

Con mi globo de cristal como caja registradora estuve en varias ocasiones en el Hotel Vanderbilt, en el Pennsylvania, McAlpin, Imperial y en el Herald Square.

Más de siete millones de dólares entraron a mi globo de cristal y después pasaron por mis manos.

Después de terminar la colecta diaria, generalmente llevaba el dinero a la oficina de John T. King y lo guardaba en la caja de caudales. Luego, al terminar la visita, llevaba los fondos a mi casa de la calle 16 en Washington, donde lo entregaba a Jess Smith con mi informe. El se llevaba ambos y los confrontaba cuidadosamente, regresando después el dinero a mi casa, donde era cuidadosamente guardado en la caja de acero a veinte pies de profundidad en el patio trasero; ahí seguía mientras Jess Smith no determinara llevarlo a otra parte.

Jess Smith llevaba siempre una cuenta detallada de cada transacción. Lo hacía para su propia seguridad y por la costumbre de haberlo hecho toda su vida. Había sido comerciante, y sus cuentas tenían que balancear cada sábado por la noche. Jess nunca se quedaba con un níquel que no le perteneciera.

Mis gastos en el Hotel Vanderbilt eran exorbitantes; muchas veces pagué una comida con cheque de cincuenta dólares: vivía como un rey. ¡Y todos los "gastos eran manejados por Jess Smith, y Jess conservaba registros exactos y escritos de ellos!

---:---:---

II.

Era asunto bien sencillo manejar las "sangrías" del Encargado de las Propiedades Aliadas (21). También era parte de mi trabajo. A la oficina del Encargado de las Propiedades Aliadas venían abogados de diferentes lugares, a presentar reclamaciones sobre determinadas propiedades para que les fueran regresadas. En la oficina se informaban en qué hoteles se encontraban alojados los abogados, y se les explicaba que forzosamente habría extraordinarias demoras... posiblemente de doce a dieciseis meses antes de que sus reclamaciones pudieran ser tomadas en consideración; ¡había tantas antes de las suyas!... y así sucesivamente, miles de enredos.

Luego se me comunicaba a mí quiénes eran los abogados y dónde habían parado. Yo iba al hotel, y si no los conocía ya, o no encontraba quien me presentara con ellos formalmente, aguzaba mi ingenio hasta que lograba relacionarme o cuando me- nos entrar en conversación. Casualmente y entre la plática me informaba sobre la tramitación de sus reclamaciones, a lo que contestaban no haber logrado absolutamente nada... con tantas dilaciones; estaban bien desmoralizados. Les preguntaba si alguna vez habían manejado las labores de algún departamento gubernativo; generalmente contestaban en sentido negativo; después de lo cual les sugería que se comunicaran con un señor Thurston, abogado, de Boston; les escribía su nombre y dirección completos, indicándoles que él era un abogado independiente. Ello significaba un consejo amigable para que pudieran lograr la rápida tramitación de sus asuntos.

Generalmente pagaban al señor Thurston cuarenta o cincuenta mil dólares, los cuales partía él con el Coronel Miller. Yo no manejaba dinero de ellos; recibía algún "obsequio" casual de dos o tres mil dólares.

Todos los expedientes de reclamaciones de Propiedades Aliadas que se despachaban venían por conducto del señor Thurston; sin embargo, los asuntos de importancia pertenecientes a las oficinas del Encargado de las Propiedades Aliadas tenían que pasar por tres personas: El señor Daugherty, el Presidente Harding y el Coronel Miller.

Harry M. Daugherty era hombre de hierro y acero. Era de una personalidad atractiva y distinguida: culto, refinado. Cuando entraba a una habitación se convertía en la figura prominente; cuando se sentaba a la mesa, él hacía la cabecera. Caminaba con paso firme y uniforme, como si sus pasos persiguieran un objetivo en vez de servir de intermediarios. Era la marcha de un hombre que sabe que la gente se doblega a su paso; que el ritmo enérgico y vibrante de su vida y de su paso desplazaba a su camino a los seres más débiles.

Siempre que ocurría algún consejo de guerra en la calle 16 No. 903, cuando estaba a discusión el asunto de desembarcar whiskey y alcohol, o de demorar persecuciones... o controversias de a bordo, el único eslabón débil que teníamos en toda la

cadena era... Jess Smith.

Todos nuestros demás hombres eran de un valor y energía físicos y morales más que normales; gente que podría hacer frente a emergencias y hasta soportar el castigo en la forma que fuera necesario. A Jess Smith no le faltaba la inteligencia en ningún sentido, pero no tenía el suficiente valor. Era tan rápido como el rayo en algunas cosas; y como resultado de su entrenamiento comercial, era tan listo para ganarse ochenta centavos como ochenta mil dólares. Todos los demás comprendíamos que estábamos vendiendo prerrogativas y no mercancías.

Jess desconfiaba de todo y de todos; tenía miedo hasta de su propia sombra. Desconfiaba de cualquier chofer, del mesero del café, de la muchacha telefonista.. era un changuillo de cuerda, un "manejo de nervios".

Terribles días fueron aquellos para el Departamento de Justicia en Washington, cuando los campos petrolíferos nacionales estaban siendo escamoteados al gobierno.

En el fondo de la conciencia de cada uno de nosotros comenzaba a tomar cuerpo un creciente temor... con relación a lo que Jess Smith haría... si el alud se despeñara. Pero ni aún pudimos imaginarnos, en nuestras más atrevidas especulaciones, lo que estaba germinando en su cerebro, como desesperada medida de defensa propia; a pesar de lo cual, pronto pudimos saberlo.

---:---:---

CAPITULO XIX.

"Daugherty y Fall, Vendedores Maestros".

Se llegó a decir que durante la administración Harding, "todo" estaba de venta en Washington... exceptuando la cúpula del Capitolio; y esto en forma de charada, por supuesto; y seguía la explicación de que no se trataba de vender la cúpula del Capitolio porque después podrían querer jugarla a los dados, y el que la ganara tendría que mandarla quitar, colocándola sobre su residencia particular, como un monumento que perpetuara la elevada posición de los cerebros dominantes de la alta finanza en América.

De seguro que esta broma no lo era tanto como se la quería hacer aparecer como tal. Daugherty y Fall fueron, sin duda alguna, los vendedores maestros de la administración Harding, y siempre se rodearon de ayudantes cuidadosamente escogidos.

Fall y Daugherty no eran amigos. Se sentían fuerte antagonismo mutuo, como competidores en el negocio de las prerrogativas y facilidades pertenecientes al Gobierno, que ellos se dedicaban a vender; y constantemente se atropellaban mutuamente sus "derechos" internándose en el campo de acción del otro, lo cual producía situaciones embarazosas para sus ayudantes encargados de cumplir sus instrucciones. No confiaban tanto en su arte de vender como en la inclinación a reducir el precio... arrebatándose operaciones el uno al otro en esta forma.

La "línea" de artículos que estaba directamente en poder de Fall no era exclusivamente de privilegios y de oportunidades, sino de valores reales y tangibles en forma de propiedades. La misma incluía pequeñeces parecidas a éstas:

Posibilidades del dominio de las Reservas Indias y tierras del Gobierno... que valían billones de dólares.

Tierras boscosas en las Reservas Indias y en los terrenos del Gobierno... que también valían billones de dólares.

Prerrogativas de Pasturas en las Reservas tanto indias como del Gobierno, a criadores de ganado del Oeste... que valían millones de dólares.

Los privilegios y oportunidades oficiales en Alaska, y de otras índoles, se remataban bajo un sistema parecido al de la cadena de almacenes de 5 y 10 centavos, o sea, efectuar el mayor número de ventas posible y con la mayor frecuencia, aun cuando fuera con pequeña utilidad, de manera que la ganancia total provenga del gran número de ventas hechas.

En 1922 y 1923, nuestras damas, compradoras de pieles finas, debieron especialmente al señor Fall la oportunidad de equiparse de costosas y raras pieles a un precio mínimo. Fall levantó todas las restricciones y cortapisas a la caza y colecta de animales en los terrenos de reserva del gobierno.

Pero no era en el manejo de los valores mencionados en lo que más se especializaba la habilidad del señor Fall. Estos eran puntos casi triviales, comparados con el petróleo... ¡con el que se encontraba en su elemento! Ya fuese que el petróleo estuviera en México, o en Texas, o en Wyoming, o en Montana, en California o en el mismo Alaska... o en cualquiera otra parte, ¡no importaba! Los petroleros habían sido sus amigos y compañeros desde su niñez; las Prerrogativas del Petróleo... del deslumbrante oro líquido, fueron los ímpetus que hicieron nacer su ambición de llegar a Diputado; y una vez instalado en el Gabinete, se había reservado exclusivamente para sí aquellas prerrogativas... para venderlas por su propia cuenta, sin la ayuda ni cooperación de ninguno de sus vendedores. ¡Y en eso consistió su caída! No pudo convertir en víctima a ninguno de sus subordinados, porque él personalmente había efectuado todas las transacciones...

Daugherty era mucho más previsur y astuto. Con ojos de lince vigilaba a Fall cuando éste tramitaba sus ventas; éstas necesitaban de la aprobación del Presidente Harding... de manera que fué cosa fácil manipular la firma de él de manera que tanto éste como Daugherty recibieran una "parte" considerable. Aquí era donde el Coronel Darwin desplegaba su juego maestro. Fall creía que el Presidente firmaba aquellos documentos por su amistad personal... cuando en realidad lo hacía por Daugherty y por el Coronel Darwin.

Y con el fin de eliminar los trámites engorrosos y la probable demora para obtener la firma del Presidente, los compradores de terrenos petrolíferos escuchaban y acataban el canto de sirena del Coronel Darwin: "Fondos... para reponer los exhaustos cofres de la propaganda... para pagar las deudas de la campaña presidencial". En parte, la lealtad y el honor exigían que tales transacciones se llevaran a efecto.

II.

En cuanto a Daugherty... su habilidad principal se desplegaba en hacer que se demoraran las persecuciones y posteriormente se abandonaran, y en lograr que la acción civil a favor del gobierno fuera retirada: ahí era donde se mostraba como vendedor maestro. Daugherty había sido el intermediario y representante secreto de muchas de las grandes plantas industriales de América, por largos años. Cuando llegó a Abogado General de los Estados Unidos, las muestras que le eran familiares estaban ya en sus manos, y pronto y fácilmente transformó aquellos conocimientos en oro metálico, por medio de sus manos expertas y prácticas.

Nuestros Magnates de las tiendas industriales y mercantiles de departamentos operan sobre la base de que el 33-1/3 por ciento es una utilidad amplia. No así el señor Daugherty: él creía que para hacer negocio y para atender los "gastos de mantenimiento" inclusive la parte para sus ayudantes, se necesitaba cuando menos el cincuenta por ciento de utilidad.

Naturalmente, hay muchas plantas industriales gigantes en los Estados Unidos. Constantemente les pasa que infringen alguna de nuestras numerosas Leyes Federales; de hecho, antes de que Daugherty llegara al puesto de Abogado General, muchas de aquellas plantas industriales eran ya culpables de infracciones a la ley; los archivos hablarían por sí solos; sus datos son del dominio público y podrían verificarse.

Pregúntese el número y los nombres de tales procedimientos, iniciados antes de que Daugherty llegara a Abogado General... y desechados por él... que se estaban tramitando contra poderosas negociaciones industriales de los Estados Unidos durante su administración... y podrá verse, aún en el mismo registro oficial, que Daugherty desechó mayor número de casos, y muchos otros ni siquiera los llevó a juicio, que el total de procedimientos similares rescindidos durante la vida entera de los Estados Unidos.

Su declaración oficial a guisa de explicación de este hecho fué un golpe maestro de su psicología de las masas: Dijo que su objeto era dejar el campo libre a las Cortes Federales a fin de que estuvieran en posibilidad de tramitar los millares de acusaciones que se habían elevado contra infractores del Acta Volstead. Esto complació altamente al partido clerical, que era siempre un factor importante y decisivo en cualquiera ecuación política americana, o en cualquier asunto puesto a la aprobación pública; también agradó a los partidarios de la Liga Anti-Alcohólica. Todo ello colocó a Daugherty en seguridad... y llenó de oro sus bolsillos.

Aquello, además, puso a la camarilla en condiciones de saber quiénes eran los contrabandistas más ricos; y así pudimos cobrar la contribución de todos. Además, realizamos enormes utilidades, pues cuando alguno de ellos resultaba convicto, podíamos, por medio de un tributo liberal, arreglar que se le impusiera una corta condena, o que solamente se le multara... y hasta se le absolviera. Naturalmente, esta clase de servicios.... ¡valía mucho!

Además nos facilitó relacionarnos bien con los contrabandistas. Daugherty nunca anduvo con pequeñeces. Quiso conocer a los que fueran capaces de manejar grandes cantidades de whiskey, por ejemplo en lotes de cinco mil barriles o de cinco mil cajas; quiénes eran lo suficiente poderosos para tramitar el manejo de tales cantidades por medio de almacenistas con fianza, tan frecuentemente como fuera necesario para satisfacer la intensa sed de los americanos.

Y así, podrá usted darse cuenta, por todo esto, que

Daugherty no era hombre que mataba dos pájaros de un tiro... sino una docena o más.

Veamos el resumen de algunos de aquellos privilegios:(22).

Modificar las sentencias de los Jueces Federales.

Rescisión de la Acción Civil y Penal contra grandes empresas industriales.

Iniciar procesos... o amenaza de hacerlo, para expeditar el cobro de los "tributos".

Modificar condenas en perspectiva.

Vender consignas.

Venta de indultos.

Venta de Veredictos Federales.

Venta de Trámites de Abogados de Distrito.

Retiro de whiskey de bodegas con fianza.

Prerrogativa de vender whiskey bajo la protección federal.

Amenazas a cualquiera o a todos los Departamentos del Gobierno... cuando había oportunidad para ello, como Jefe del Cuerpo Consultivo del Gobierno.

Venta de propiedades confiscadas por violaciones de las leyes federales.

Otros innúmeros asuntos más pequeños, como se aclaró durante la investigación Senatorial sobre los procedimientos de Daugherty, tales como la exhibición de las películas de la lucha Dempsey-Carpentier, que nos produjo como siete u ocho millones de dólares.

Naturalmente, Daugherty no se había colocado a sí mismo en el puesto de Abogado General de los Estados Unidos, con su grupo de ayudantes cuidadosa y personalmente escogido por él... para jugar a las canicas. Nosotros no nos dedicábamos a jugarlas; la cosecha estaba madura y bien sabíamos que estábamos ahí para recogerla.

Al seleccionar a sus ayudantes, Daugherty demostró un conocimiento de la naturaleza humana casi maravilloso. A él le gustaban la inteligencia y el valor, y odiaba mortalmente a cualquiera que, parodiando la frase popular, "dejaba escapar" un níquel porque tenía oportunidad de hacerlo... Daugherty escogió gente que tenía gran orgullo de su propia honradez... y su organización completa la formó sobre esta base. Al revisar y analizar cualquiera y todas las complicaciones y situaciones difíciles que surgieron, quedó palmariamente demostrado ante mi mente el hecho de que fué Daugherty

en persona quien invariablemente originó tales circunstancias, por atacar el amor propio de algún individuo.

Fué un día fatal para mí aquel en que me atreví a sentirme ofendido por un insulto suyo directo, dirigido a mi única debilidad disculpable: la de ser un buen y hábil investigador....

---:---:---

CAPITULO XX.

Jess Smith "se esfuma".

Desde el mes de enero anterior, la salud de Harry M. Daugherty había sido bastante delicada. Estaba terriblemente preocupado. Muchos rumores alarmantes, basados en hechos demasiado evidentes, habían salido a luz y estaban siendo comentados y discutidos por los periódicos. Muchos de sus amigos habían cometido torpezas o equivocaciones inconcebibles, pues ellos no tenían ni el cerebro ni los nervios de acero de Daugherty. En realidad estas preocupaciones que se acumulaban rápidamente, eran las que lo estaban enfermando. La mayor parte del tiempo lo pasaba en su apartamento del Hotel Wardman Park, donde vivía con Jess Smith; ambos vivían en el apartamento.

Poco después de la conferencia descrita en el capítulo anterior, se anunció con satisfacción para todos los interesados, que el señor Daugherty había decidido hacer un viaje a Columbus, Ohio, y a Washington Court House, Ohio, llevando consigo a Jess Smith. Nadie sabrá nunca qué planes secretos o proyectos o intrigas haya escondido este viaje...

Durante su estancia en Washington Court House, visitaron "El Pasto", finca de campo donde se habían efectuado muchas conferencias importantes.

El 27 de mayo regresaron a Washington; Jess vino a mi casa de la calle 16 el lunes siguiente en la tarde.

Al instante en que ví a Jess Smith, comprendí que estaba transformado; había en su fisonomía un aire de resolución que no se le había notado antes. Sentí sincera satisfacción de verlo; él era, ciertamente, el eslabón débil de nuestra cadena... pero yo lo estimaba personalmente.

-- ¡Se te hizo tarde, viejo! ¿Por qué no habías venido antes?

-- Estuve muy ocupado.

-- ¿Qué andabas haciendo?

-- Ya hablaremos de eso después.

-- ¿Disfrutaste de tus vacaciones?

-- ¡Diablo! ¡Todo menos un viaje de recreo! Fué el aca-bose... pero ví a mi esposa, y eso me alegró.

Su cara sombría se animó al recuerdo de su esposa.

-- ¿Quieres a tu esposa, Jess, o no?

Su respuesta fué rápida y al grano.

-- Siempre la he querido; siempre la querré; y he arreglado mis asuntos también. Voy a salirme de este enredo, a irme con ella y a vivir en paz el resto de mi vida.

Me reí al replicarle:

-- Me parece que a todos nos gustaría salir de este embrollo; pero ese no es el asunto ahora. ¡Ya no podrás salir!

-- ¿Que no podré? Está pendiente y lo verás. Harry Daugherty me trató como un perro todo el tiempo que anduvimos de viaje y estoy decidido a no soportarlo más. Yo lo he respetado siempre... pero hemos terminado! ¡Ha terminado conmigo!

Bien resuelto que se le veía. Ya era el hombre con un objetivo preciso y definitivo. No se dejó caer en un diván como era su costumbre, sino permaneció sentado, derecho y firme, en una silla alta.

-- ¿Querías saber lo que he estado haciendo? ¿Por qué no había venido aquí antes? Bueno... pues he hecho un nuevo testamento... con un fin. Lo escribí yo personalmente todo y debo decirte en este instante que... el nombre de Harry Daugherty no aparece en él, ni tampoco el de su hermano, Mal Daugherty. He terminado para siempre con ambos. Lo entregaré a la señora Harding para que me lo guarde; no puedo confiar en ninguna bóveda. ¿Qué son las bóvedas... para la compañía? ¡Nada, nada en absoluto! Y ella me lo guardará; todo se lo he dejado a mi esposa, sí señor; ella recibirá todo... exceptuando unos cuantos legados a parientes cercanos.

-- Veo que estás tan alegre como cuando te fuiste... le observé.

-- ¡Mucho más! Ahora ya sé exactamente lo que voy a hacer y cómo lo voy a hacer.

-- Eso es interesante...

Callé, esperando que se explicaría más, lo cual hizo.

-- ¡Estoy decidido! ¡Voy derecho a la señora Harding y le contaré todo el enredo, desde la A hasta la Z... y le entregaré... todos mis papeles, cuentas y registros... ¡y ella me protegerá!

Si una bomba hubiera hecho explosión en mi cara, no podría haberme causado un choque e impresión tan tremendos. Luego siguió:

-- Tú lo sabes, la señora Harding me demuestra simpatía, y ella me simpatiza también. La he ayudado a escoger casi todos sus trajes y abrigos y sombreros desde que está en la Casa Blanca. Congeniamos bien... y ella esté resentida con Harry

Daugherty, de todos modos.

Yo estaba pensando de prisa e intensamente, pero dije:

-- ¿Resentida? ¿Y por qué?

-- Principalmente porque un día, cuando ella se le puso firme por el nombramiento de un Juez Federal, sabiendo él que ella no quería que se le expidiera aquel nombramiento, él le dijo: "Ocupese de sus asuntos y yo me preocuparé por los míos. ¿Sabe usted cuál creo que es el lugar de las señoras? ¡En la cocina! Nada tienen que ver con los negocios y asuntos oficiales!" Es el insulto más grande que podría haberse hecho a Florence Harding, y desde entonces ella odia a Harry.

-- Esto ya lo sabía. Yo estaba presente cuando él le dijo aquello, y bien enojada que se puso por cierto. Pero... ¿sabes de algunos otros motivos por los que pudiera odiarlo?

-- No; ¿qué otro motivo podría haber? Bueno... de todas maneras, voy con ella; ella es mi amiga.

Luego hice la consabida pregunta:

-- ¿Dijiste algo al señor Daugherty sobre este trámite en tu propia defensa?

Entonces reventó Jess:

-- ¿Que si se lo dije? ¡Sin duda! Se lo dije y él bien sabe que estoy decidido a hacerlo. Escúchame, Gaston, Harry tiene miedo también. Cuando estuvimos en Washington Court House me hizo que entrara a una ferretería y le comprara una pistola.

Yo conocía bien la antipatía que Jess Smith sentía para toda clase de armas de fuego.

-- ¿Y la compraste?

Encogió los hombros.

-- Sí; y por cierto que me chocan las pistolas. Odio a muerte las armas; nunca en mi vida he disparado una y nunca la manejaré mientras pueda evitarlo. ¿Y sabes? Después de habérsela comprado, no me la ha recibido y todavía la tengo en mi veliz!

-- ¿Dónde está el señor Daugherty? le pregunté.

-- Está de visita en la Casa Blanca. Ha estado ahí desde la hora en que regresamos.

-- ¿Pasó allá la noche?

-- Sí.

¡Cáspita!... ¿Estaría la situación más peligrosa de lo que en realidad había creído yo? Jess continuó:

-- Hablé hoy por teléfono a la señora Harding pero no la pude encontrar. Mañana le hablaré.

¡Y yo comenzaba a ver ya claras las cosas! ¿Podría él hablar con la señora Harding "mañana"? ¿LO PODRIA HACER? ¡Me temo que no!

Nunca había visto antes a Jess Smith con tan firme y precisa resolución. Había tenido sus vacilaciones... y adoptado su método de acción. Lo que aquello significaba a todos los demás... no le importaba; decía que era la guerra ¡y que se salvara quien pudiera!

Con todos aquellos registros y cuentas en su poder... ¿qué no haría la señora Harding? ¡Haría mucho por cierto, y protegería a su Warren! No habría obstáculo que se cruzara en su camino al tratar de defenderlo. ¿Podría defenderlo... y en qué forma? Yo no podría imaginármelo, pero sabía que ella encontraría la manera de hacerlo. De ello no podía dudar.

Durante nuestra conversación había llegado uno de los hombres de confianza del señor Burns y estuvo charlando sobre todo y sobre nada, habiendo salido juntos él y Jess de la casa.

La siguiente vez que ví a Jess Smith eran las seis de la tarde del 30 de mayo; vino otra vez a mi casa de la calle 16. Rápídamente le pregunté:

-- ¿Viste ya a la señora Harding?

Estaba inquieto, pero no había perdido su resolución. De hecho... ¡estaba más decidido! Me replicó:

-- No; pude hablar con ella por teléfono y... ¿qué crees que me dijo? Que sentía mucho no poder verme... por ahora; pero que el señor Daugherty estaba ahí y le había dicho... que estaba fastidiado de mi compañía y se sentía verdaderamente satisfecho de descansar ahí agradablemente... y prefería que yo no estuviera con ellos. ¿Habrás visto cosa semejante?

Jess se sentó a mi escritorio y comenzó a escribir una carta. Luego me dijo: "Estoy escribiendo a mi esposa y le estoy comunicando lo relativo al nuevo testamento y a todo lo demás".

Permanecí callado hasta que terminó su carta, escribió el sobre, puso el timbre y la guardó en el bolsillo.

Reanudó la conversación exactamente en el punto en que la habíamos interrumpido:

-- ¡Vaya! Harry Daugherty no está más aburrido y fastidiado de mi compañía que lo que yo estoy de la suya. Y mira,

Gastón... tan seguro como yo vivo, él está plantado ahí... ¡PARA IMPEDIR QUE YO LLEGUE A LA SEÑORA HARDING! ¡Como si lo estuviera viendo! Me van a despachar, Gastón... y a tí también!

Mis pensamientos se atropellaban, pero nada dije; él continuó:

-- Bueno... no podrá pegarse en la Casa Blanca eternamente... ¿o sí? Hoy es miércoles; esperaré un poco. Siempre ya es un descanso saber exactamente lo que voy a hacer y cómo lo haré... y entonces... mi esposa, y la felicidad y la paz...

¡Con qué sencillez y claridad se lo había figurado! Luego continuó:

-- No voy a ser el "chivo expiatorio" de nadie... ¡y eso es lo que se nos prepara, tanto a tí como a mí! Te lo he advertido y no me haces caso; crees que eres más listo, pero no hay tal cosa. ¡Yo no me sacrificaré por nadie! ¡La señora Harding me defenderá!

-- ¿Crees que lo hará?

-- ¡De cierto sé que lo hará!...

En esto también yo estaba de acuerdo; creí que tenía razón, pues ella lo defendería.

-- ¿Qué no comprendes... que es la guerra? ¿No ves que el infierno se abre por todos lados? Tan pronto como yo pueda llegar con la señora Harding... me sentiré seguro. Harry Daugherty no podrá estarse ahí para siempre... estorbándome. ¿Qué no comprendes que eso es lo que está él haciendo? ¿No lo ves claro?

¡Pobre Jess! Estaba mostrando otra vez la pluma blanca, más claramente que antes. Estaba lleno de plumas blancas. ¡Ah... bueno... este no era asunto mío y no me inmiscuiría en él!

Giró sobre un nuevo tópico y dijo:

-- Gastón, ¿por qué no te alías conmigo y vamos al Juzgado con la señora Harding? ¡Eso es lo que ella querrá que haga, yo creo... y nos convertiremos en Testigos de Estado? ¿Crees que ellos se preocupan por tí o por mí? ¡En absoluto, yo te lo aseguro! Nos reventarían en un segundo si pudieran salirse con la suya. Eres un tonto al dejarlos que te arrojen al osario. ¡Te aseguro que a la Prisión vas a dar, y ya te acordarás de mí!

-- Yo juego limpio; no estoy de acuerdo contigo.

Fué toda la respuesta que le dí.

Jess se despidió solo esa noche. Estaba extraordinariamen-

te ocupado en aquellos momentos y yo esperaba que alguien hubiera venido por él; pero como nadie vino, supuse que habían adoptado otro sistema y no quise mezclarme en él. Se me había dicho que no necesitaba molestarme ni dedicar mi tiempo a vigilarlo personalmente. Todos sabían lo ocupado que estaba, trabajando en mi propio proceso y defensa.

Al amanecer siguiente, deben haber sido las cuatro, pues estaba amaneciendo (en mayo hay luz como a esa hora), llamé mi teléfono confidencial y una voz que conocí luego me ordenó venir inmediatamente al hotel Wardman Park, a determinado apartamento.

Me vestí tan de prisa como pude, me dirigí allá y subí por la escalera de seguridad al apartamento a donde se me había llamado.

Sin duda se me esperaba; la puerta del apartamento se abrió suavemente cuando yo llegaba.

Uno de mis jefes me habló: -- Gastón... Jess Smith se ha suicidado; se ha dado un balazo (26).

Nada dije; me fué imposible hablar; un silencio, profundo y oscuro como la tumba y la eternidad nos cubrió.

-- ¿Y bien? pregunté por fin.

Sus palabras fueron breves y nerviosas:

-- Ya sabe su obligación: haga lo que se le diga y no pregunte. El está en su apartamento. Nadie ha llegado... todavía. Baje, registre su cuerpo y tráigame TODOS los papeles que le encuentre. ¡Obtenga AQUELLOS papeles! La llave está en la chapa.

-- ¿Se me asigna esta comisión?

-- ¡Sí! Vaya y haga guardia al cuerpo y tráigame esos papeles; si no los encuentra en su cuerpo registre el apartamento.

Nada dije; nada repliqué... me dirigí al apartamento y abrí la puerta donde Jess vivía con el señor Daugherty, entré y cerré la puerta.

A la tenue luz de aquel amanecer de mayo pude difícilmente ver nada al principio; me encontraba en el largo vestíbulo que conducía a su cuarto habitación. Las recámaras estaban a ambos lados de este vestíbulo. Me detuve en la de Jess Smith; la puerta estaba ligeramente entornada. Empujé firme y se abrió; entré, cerrando con llave.

Siempre se me ha señalado como hombre de nervios de acero; pero en el instante en que me encontré dando la espalda a la puerta cerrada y tratando de acostumbrar mi vista a la semi-

obscuridad de la recámara y pude gradualmente darme cuenta de cada artículo y objeto de los que se hallaban en aquel cuarto, mis nervios tan resistentes amenazaron con romperse, por la primera vez en mi vida.

Ante mi ojo observador... el cuadro era demasiado expresivo... ¡Cielos! ¿Qué había pasado en aquella habitación? Durante varios minutos no me moví; mi mente y mi pensamiento se rehusaban a asimilar ninguna otra orden que no fueran suposiciones desatentadas que se atropellaban y me cegaban.

Jess Smith, ¿suicida? ¡Nunca, por nada de este mundo!

Ese único hecho se incrustó en mi mente... con exclusión de todos los demás.

Jess Smith había sido llamado ¡traidor! ¿Traidor a la "compañía"? ¿Habría sido ejecutado... como tal? ¿O se había hecho aquello, no solamente para la seguridad de tres o más individuos... sino como un desagradable deber patriótico vital... "el mayor bien para el mayor número"?

Una vez que aquellos papeles suyos que revelaban todas las sucias transacciones efectuadas desde la toma de posesión en todos sus detalles, hubieran llegado a manos de la señora Harding, lo cual era su explícita y decisiva intención... y que la señora Harding, sin vacilar, HUBIERA ENTREGADO A LAS AUTORIDADES COMPETENTES... ¿qué podría haber sucedido?

Sin duda que... ¡el Gobierno hubiera caído, estallado! Casi no habrían quedado vestigios del gobierno.

Era hasta difícil de pensar. ¿Había sido sentenciado Jess Smith a muerte y ejecutado como un caso político? ¿Como un traidor?

¿Pesaba sobre mi cabeza una sentencia semejante? No lo sabía; ¿cómo podría saberlo?

Sin embargo, aún en aquel momento me sentí razonablemente seguro en mi persona, pues... todavía era lo suficiente útil a toda la compañía, y además, ellos bien sabían que yo nunca... y además, sabían que yo no llevaba cuentas ni registros como los de Jess Smith.

Esto me recordó la misión que llevaba a aquel cuarto. Tenía que obtener aquellos papeles... ¡y sin preguntar!

Pero mi mente siguió esforzándose por profundizar las conjeturas que ellos habrían hecho.

Sabían que Jess estaba decidido a entregar a la señora Harding aquella evidencia escrita, solicitando su protección. ¡Había terminado ahí su utilidad! ¡Ya era una amenaza! Si

se le hubiera permitido llevar a efecto su plan... ¿no habría traído como consecuencia un caos completo? Porque, en la explosión que a ello seguiría, muchos altos funcionarios, muchos miembros del Gabinete y aún el mismo Presidente, tendrían que volar con ella!

El Gobierno debía salvarse; ¡lógico! Era hasta un deber patriótico.

¿O acaso, no han condenado a muerte todos los gobiernos del mundo, desde los días de Acaan hasta la fecha, a todos los traidores? ¿Véase lo que pasaba en los siglos XV y XVI! Siempre que era necesario, asesinaban en masa. Aniquilaban hasta a naciones enteras. ¿Se volvería débil, fútil y temerosa nuestra música de "civilización adelantada"... cuando la ejecución de un sólo hombre era todo lo que se necesitaba para salvar al gobierno? ¿Qué es una vida... comparada con el beneficio universal que recibirían los millones de ciudadanos americanos? ¡El Gobierno tenía que ser salvado!

Así deben haber pensado ellos... calculaba yo.

Luego, rehaciéndome, me dediqué a cumplir la misión que se me había señalado.

De nuevo examiné el cuarto: como he dicho, las apariencias materiales de un suicidio eran demasiado claras... demasiado precisas. Parecía una decoración arreglada exprofeso.

El cuerpo estaba caído en el piso como a cuatro pies de la cama. Estaba encogido, y con la cara hacia abajo. Una pistola estaba a unas cuantas pulgadas de su mano, y el brazo se veía extendido. ¿Y aquella pistola? Era la que él me dijo haber comprado para el señor Daugherty... la cual había seguido dentro de su baúl, porque el señor Daugherty no la había recogido todavía y que él... Jess... había tenido miedo de tocar.

Volví el cuerpo hacia arriba; examiné la herida en la sien. ¿Había él muerto de resultas de aquella lesión? ¡No lo creí! Un balazo en zquel hotel hubiera despertado a todo el mundo. Me acordé de lo que Jess había dicho tantas veces de aquellos "polvillos blancos".

Traté de reconstruir y de seguir sus pasos después de que salió de mi casa a las seis de la tarde... pero todo era adivinar y no pude hacer nada en ese sentido.

Busqué cuidadosamente en su cuerpo; saqué todos los papeles de los bolsillos, pero no encontré ninguno de importancia. Fuí más allá... y bajo toda su ropa, junto a la piel, encontré uno como cinto, suspenso de su cuello y colgando bajo sus brazos. En este cinco estaba firmemente sujeto un sobre de tamaño de oficio, de extensión... ¡lleno de papeles!

Lo saqué, pues sabía que eso era lo que me habían envia-

do a buscar.

Arreglé todo exactamente como lo había encontrado, abrí las puertas y regresé al apartamento de arriba. Entregué el sobre a mi superior y regresé a mi casa, tal cual había ido.

Al dirigirme a ella comencé a pensar más claramente sobre la ecuación personal que se mezclaba en todo este asunto. ¿Estaría entre todos aquellos papeles, en el sobre, el nuevo testamento de que Jess Smith me había hablado y sobre el cual había hablado a su esposa en la carta escrita en mi oficina la noche anterior? Traté de pensar qué se haría a aquel testamento. Verdaderamente interesaba vigilar los acontecimientos; ¿sabrían ellos que yo tenía conocimiento del testamento?

Llegué a mi casa y me tendí en un diván de la oficina.

Como a las seis de la mañana llamó mi teléfono; nuevamente una voz conocida dijo: "Jess Smith se ha suicidado. Venga y hágase cargo de él juntamente con el detective del Hotel".

Fuí otra vez al Hotel Wardman Park. El detective de ahí y yo nos hicimos cargo oficialmente del cuerpo. Se mandó llamar al Juez fiscal. No se haría la autopsia, pues no se creyó necesaria; todo demostraba el suicidio tan a las claras!

Regresé a la casa como a las ocho; a las ocho y media sonó mi teléfono confidencial, y una voz ordenó:

"Tome su carro... con todo y chofer, y lleve a su esposa y a su hijo; y a las nueve y treinta... deténgase en la esquina de... En aquella esquina estará esperándolos un hombre... Recójalo y llévelo al Embarcadero Harper. ¿Comprende?

-- Comprendo.

Obedecí la orden; llevé mi chofer, y mi esposa, hijo y la nodriza de éste, y en aquella esquina encontramos de pie un hombre que esperaba.

Acercamos el carro a la orilla de la curva y subió. No se habló una palabra hasta que él estuvo instalado y salimos de la ciudad al campo. Luego hablamos del tiempo y del panorama. El tomó un tren hacia el Sur, en el Embarcadero Harper.

Nunca había visto antes a ese hombre, ni nunca he vuelto a verlo después.

---:---:---

CAPITULO XXI.

Borrando las huellas.

Cuando regresábamos a casa, del Embarcadero Harper, compré un diario de Washington en una de las estaciones de ferrocarril y leí la descripción completa del suicidio de Jess Smith.

Según aquel relato, Jess Smith había sido visto en el recibidor del Hotel Wardman Park la noche anterior, cerca de las ocho. No cenó en el hotel. Como a las ocho y media se retiró a su apartamento; y cerca de las seis de la mañana, decía el periódico, uno de los secretarios del señor Daugherty había oído un balazo, que parecía el golpe de una puerta; quizo cerciorarse y se encontró con el cuerpo de Jess.

Naturalmente, yo bien sabía la inexactitud de las noticias periodísticas. También se indicaba que el señor Daugherty había hablado de la Casa Blanca a su apartamento por teléfono a las siete de la mañana, y en ese momento se le había comunicado la noticia.

Durante todo el camino hacia mi casa ese día, traté de reconstruir los pasos de Jess Smith después que salió de mi casa de la calle 16 a las seis de la tarde anterior; supuse que había cenado fuera... en cualquiera parte, luego había mandado la carta a su esposa y en seguida se había dirigido al Hotel Wardman Park.

Los periódicos decían que se le vió en el recibidor cerca de las ocho y media.

Posiblemente... fué al hermoso recibidor a observar la gente y escuchar la música. Jess amaba la música, y aquella noche había un gran baile en el salón correspondiente. ¡Todo era alegría y risas, luz y felicidad!

Si ha habido alguien en el mundo que ame tanto la vida y los trajes, lo hermoso y artístico, fué Jess Smith. Podía imaginármelo ahí sentado, en el recibidor del Hotel Wardman Park, observando las damas y las muchachas hermosamente ataviadas y los hombres elegantemente vestidos, entrando y tomando parte en el baile... y recreándose con la música.

Pero quizá no permaneció mucho en el recibidor; su mente y su alma estaban demasiado preocupadas. ¿Se dirigió entonces a su apartamento? ¿Estaba solo el apartamento? Si lo hubiera estado... creo que Jess no se habría quedado ahí; no le gustaba estar solo; de hecho, no era capaz de permanecer en una habitación vacía, pues comenzaba luego a ver imágenes terribles en las paredes. ¿O lo habría encontrado vacío y se había dirigido entonces al de algún amigo para buscar agradable compañía?

¿Qué habría acontecido?

Otra y otra vez dí vueltas en mi mente a todas las suposiciones imaginables. No creí que llegaría alguna vez a saber la verdad, pero nadie podía impedirme el que formulara mis propias deducciones.

¿Habría él quizá ido a tomar una copa en el departamento de algún amigo? A Jess le agradaba mucho hacerlo, por la satisfacción de estar acompañado. El nunca bebía solamente por buscar los efectos de los licores. ¿Sería Jess, después de todo, una víctima de aquellos fatales "polvillos blancos" a los que tenía tan mortal terror y espanto? ¿Había permanecido en su apartamento? ¿Quién había estado ahí con él? Poca atención presté en realidad a la noticia del periódico; naturalmente, que en la versión dada a la prensa... no habría ninguna indiscreción.

¿Cómo habría muerto Jess Smith?

Esta pregunta se revolvió en mi mente durante todo el día. En su cuarto no había señales de lucha; no había vasos vacíos...;ninguna señal de que hubiera estado bebiendo! ¿Cómo se hubiera defendido él para salvar la vida...;si el menos se le hubiera dado la oportunidad! Para mí que este detalle dejaba fuera de duda lo relativo a su muerte de un balazo. ¿Estaría ya muerto cuando recibió el balazo en la cabeza? ¿Cómo, entonces, hubiera sido posible dárselo?

Estaba completamente lejos de la más remota sospecha en mi imaginación, que Jess Smith se hubiera privado sólo de la vida; ni siquiera quise dar cabida a tal idea.

De hecho Jess Smith había muerto como había vivido desde el principio de la Administración Harding: con el estrépito del trueno amenazando estallar en su cabeza el primer momento, y luego a sus pies al siguiente instante, y sin saber cuándo se abatiría la tempestad sobre él. Sabía que andaba jugando con dinamita, pero como no tenía práctica para manejarla, finalmente le explotó en la cara.

De nuevo me seguía preguntando: ¿Qué había pasado en aquella habitación?

Algún tiempo después supe que Mary Roberts Rheinhart había escrito una narración basada en el cuarto del Hotel Wardman Park donde había vivido Penrose. Ella había entrado sola a esta habitación y se había sentado a esperar la inspiración de sus ecos... y yo pensaba entonces: "Señorita... si las paredes hablan con usted, y busca una narración... ¿se ha equivocado de cuarto!"

¿Que Jess Smith se había suicidado? ¡Nunca! Esto era inconcebible para aquellos que lo habían conocido íntimamente.

¿Y su último testamento? ¿Qué pasaría con aquel último testamento que escribió el lunes anterior a su muerte, acaecida el miércoles?

Cuando regresamos a casa esa tarde, encontré dos recados importantes; uno, que fuera inmediatamente al Hotel Wardman Park; y el otro, que hablara por teléfono a la señora Boyd a la mayor brevedad. Comprendí que este último significaba que la señora Harding deseaba verme.

De nuevo fui al Hotel Wardman Park; ahí se me dijo todo lo que se había traslucido del asunto. Naturalmente, el señor Daugherty se había encargado de todo. No hallaban a quién comunicar la muerte repentina de Jess Smith, y después de mucho discutirlo decidieron comunicarlo al hermano del señor Daugherty, el señor Mal Daugherty, de Washington Court House, Ohio.

¿Por qué no notificarían a su esposa anterior, Roxy Stinson? Era conocida suya también!

¡Demasiado hábiles! fué mi comentario mental. ¿No habría sido lo natural, notificar a su pariente más próximo?

En su testimonio bajo juramento, como testigo, en la Investigación de Daugherty, la esposa de Jess Smith dijo posteriormente que Daugherty le había mostrado superficial y rápidamente una copia fotostática del último testamento sobre el cual Jess le había escrito, el cual Daugherty le dijo no ser legal, por la carencia de testigos. Ella lo vió solo un momento al día siguiente del entierro; se parecía, sin embargo, al que entonces figuraba en el juicio, y que disponía que sus propiedades deberían dividirse en cinco partes: Una para el señor Harry Daugherty, una para Mal Daugherty, una para cada uno de los dos parientes de St. John y otra para su esposa.

El haber de Jess Smith fué valorizado en doscientos cincuenta mil dólares; ¡y de mi conocimiento superficial que yo tenía de su persona, podría haber jurado que él dejaba cuando menos de dos a tres millones! Y por la misma naturaleza de sus actividades, estos valores eran todos en metálico, en cajas de depósito de los bancos, y bien asegurados.

Yo debo haber nacido sin el más pequeño átomo de miedo. Después de la muerte de Jess Smith, en todas partes se notó que la tensión nerviosa disminuyó sensiblemente. ¡La crisis había pasado! Ya no teníamos eslabón débil en la cadena; el Gobierno se había salvado; ¡la Providencia nos había ayudado!

Pero el clamor público no cesaba; continuaban los rumores inquietantes.

Hasta el siguiente día pude llamar por teléfono a la señora Boyd, quien solicitó que fuera a su hacienda "Glen Haven", esa tarde a las tres; ahí estaría la señora Harding.

Desde aquella dolorosa escena que tuvo con el Presidente, la señora Harding había estado enferma; yo no había podido verla durante varias semanas; pero ahora se encontraba mejor, y estaba preparando su proyectado viaje a Alaska. Se me indicó que arreglara mis asuntos para permanecer con ella hasta en

la tarde, pues tenía muchos asuntos que tratar conmigo.

CAPITULO XXII.

La señora Harding descubre a Nan Britton en la Casa Blanca.

-- ¿Se suicidó realmente Jess Smith? ¿Dónde está Nan Britton?

Sin una palabra de saludo me espetó la señora Harding, a quemarropa, estas dos preguntas totalmente distintas, en el primer instante en que nos encontramos solos. Ya nos hallábamos en "Glen Haven", donde había hecho regresar mi carro con órdenes de volver por mí a las dos horas y media.

Había encontrado a la señora Harding sentada en una mecedora, platicando con la señora Boyd; al acercarme, ésta se había dirigido a la casa.

-- ¿Qué, no ha visto las noticias de los periódicos? le pregunté, sentándome en una de las amplias mecedoras frente a ella.

Sus ojos profundos y vivos escrutaron mi fisonomía.

-- Las he leído todas; pero no me ha contestado usted mis preguntas; no he podido cerrar los ojos un momento en estas dos noches. Materialmente me fué imposible dormir. He estado cavilando... ¡cavilando! Ahora, dígame... cuéntemelo todo.

Cuando se detuvo, la miré a los ojos; durante un minuto completo nos quedamos mirando mutuamente. Ella estaba tratando de penetrar a mis más íntimos pensamientos, y yo experimentaba la desapacible impresión de que lo estaba logrando. Hablé tan firmemente como me fué posible.

-- Nada tengo que añadir; los diarios parecen haber dado todos los detalles.

Repentinamente volvió a la segunda pregunta:

-- ¿Dónde está Nan Britton? inquirió rápidamente.

Sin contestarle, saqué del bolsillo los últimos informes de mis hombres-sombras que estaban vigilando constantemente a Nan Britton y que ella no había leído. Se habían acumulado durante la enfermedad de la señora Harding, y estaban arreglados por orden cronológico. Se acomodó los anteojos y los leyó todos con profunda atención. Esto requirió de algún tiempo.

Mientras tanto me fijé en muchos cambios que había sufrido la señora Harding. Estaba más grisácea... y más anciana... y más ajada que nunca! Recordé la primera visita que le hice; aunque ya en ella parecía una anciana, y ya lo era... ¡no fué ni la sombra de como ahora se veía!

Mentalmente estuve recordando con rapidez algunos hechos pasados.

Durante la campaña de Harding y en los primeros meses después de la toma de posesión, la señora Harding había vivido quietamente, estudiando los procedimientos del admirable Gabinete y del Capitolio desde su nuevo y elevado punto de observación; escuchando, preguntando, planeando y esperando. Dentro de su exterior calmado se encerraba una alma violenta y soberbia; pero a simple vista, su comportamiento era tan placido como el de un lago de cristal azul al atardecer, retenido por un frágil y pintoresco borde. La represa se había hecho pedazos... en el momento en que ella tuvo en sus nerviosas manos las pruebas incontrovertibles de la infidelidad de su esposo.

Yo sabía que el cerebro observador y analítico de la señora Harding se había dado cuenta claramente del contraste entre la personalidad física tan poderosa del Presidente, con su atractivo clásico y su varonil hermosura, y su mediana inteligencia, a la cual la sola altura de su rango daba una importancia excepcional.

A pesar de sus propias e ilimitadas ambiciones, ella no podía fácilmente adaptarse a la eminencia de su nueva posición; de manera que adoptaba un aire de superioridad que tendía a disimular un sentimiento de inferioridad que no le permitía sentirse en casa y a gusto; el cual, sin embargo, era mucho más de lo necesario. A pesar de los espejismos de la grandeza de su puesto, le faltaba aquel dominio perfecto de sí misma, aquella adaptabilidad y refinamiento, el brillante ingenio y penetración que deberían haber sido un contrapeso a la banalidad del Presidente. El desempeñaba su parte de apariencias... como un rey, aun cuando su capacidad para aquel elevado puesto terminaba ahí precisamente, en sus apariencias.

Verse forzada a ocupar el trono social de la nación, aunque era agradable y glorioso, le causaba, sin duda, aquella angustia mental. Ser la Primera Dama de la Nación y su poderosa Regente era un elixir que ella bebía ansiosa y vehementemente... a pesar de lo cual, su gusto era amargo y sus sorbos sabían a hiel. Ella sufría, y tales reacciones iban gradualmente disminuyendo sus energías y resistencia.

El temor se había apoderado de ella y no la dejaba ni de día ni de noche, desde que cruzó por vez primera los umbrales de la Casa Blanca. El temor a... Nan Britton y a su niña, y a la espantosa visión del escándalo público.

Terminó de leer aquellos informes, y, como era su costumbre, los dobló y depositó dentro de su bolsa adornada de abalorio. En su mano contraída oprimía un pañuelo.

-- Bueno... estos son satisfactorios, pero intensifique la vigilancia; hágala más cuidadosa y rígida que nunca. Tengo razones poderosísimas para necesitar saber dónde está la muchacha en cualquier instante.

Había algo en su persona que me indicaba que lo mejor sería callar y dejarla hablar. Discretamente lo hice.

-- Tengo tanto que contarle, señor Means, ¡tanto! A nadie más puedo hablar con tal confianza; y no le ocultaré nada.

Al detenerse ella un momento, pensé si me sería factible imaginar todo lo que yo sabía que ella no me revelaría. Continuó:

-- Usted tuvo una escena violenta con el Presidente Harding ¿verdad? Pues bien: esa escena fué nada, comparada con las que yo he tenido que soportar.

Desde luego que lo creí... acordándome cómo agitó él en su cara, los puños cerrados.

-- He estado enferma; hubiera deseado morir. Nadie ha pedido la muerte con más vehemencia que yo. Nunca deseó alguien más vivamente la muerte... siquiera como una esperanza de ese descanso en el olvido, que es mi único anhelo para el futuro cuando deje de existir... Ya lo he pensado bien. El triángulo tenía que romperse y ésto solo puede lograrse con la muerte de uno de nosotros; yo lo había escogido para mí... pero el Destino lo ha dispuesto de otra manera. Consulté a la señora X y ella me dijo... que yo no moriría... sino después que el Presidente Harding hubiera dejado de existir. Y me recordó que soy "Una niña del Destino".

En el momento en que dejó de hablar, me asombré de considerar cuál podía ser el destino de un país dirigido por un mandatario gobernado por una esposa con tan extrañas creencias y que a su vez era dominada por una vieja adivina...!

-- Tengo cosas sorprendentes que contarle, señor Means. He estado haciendo en persona una buena labor de investigación... en mis ratos. Los informes de usted sobre Nan Britton y sus localizaciones son buenas... pero incompletos.

-- ¿Cómo es eso?

Bien sabía yo que no estaban completos; mucho antes había llegado yo mismo al punto en que no me atreví a hacerlos perfectos.

-- Le aseguro... que Nan Britton ha estado entrando a hurtadillas a la Casa Blanca... con frecuencia. Encuentros secretos... ¡aquí en MI hogar...! Y apadrinados por el señor Boyd. Lo he descubierto... no importa cómo, pero lo he averiguado, y además, lo he visto... ¡con mis propios ojos!

Por supuesto que durante meses lo había sabido yo ya. Otras personas también lo sabían; y sentí curiosidad de saber quién podría haberlo dicho a la señora Harding; quizá ella misma me lo contaría, por lo que esperé.

-- Siempre coloco rosas frescas en un florero, en el escritorio del Presidente, abajo en el Despacho del Ejecutivo. Años y años he tenido esta costumbre... aún mucho antes de que pensáramos en Washington. Era un pequeño rasgo de amor y adoración. Cuando me enfermaba, una de mis doncellas de confianza las colocaba por mí.

"Un domingo en la mañana, alguien me dijo que Nan Britton estaba en aquel momento en la oficina, en el piso bajo. Podría haber bajado inmediatamente a sorprenderlos, pero no lo hice... ¡ah! ya había pasado aquel tiempo... pero me quedé vigilando desde una ventana superior. Era más o menos hora de salir al Servicio; y pude ver... ví que Nan Britton salió cautelosamente por una puerta lateral de la Casa Blanca, y llevaba... puesta en su abrigo... ¡una de mis rosas! ¡Qué triunfo tan morboso debe haber sido aquel para su alma traidora! ¡Yo lo ví, Gaston Means, con mis propios ojos!

"Y luego... poco después, el Presidente salió a recibirme al vestíbulo de abajo; majestuoso, correcto, respetuoso... me ayudó cortesmente a subir a un carro que esperaba... y fuimos al templo a adorar a Dios en su Santuario! ¡Cielos! Gaston Means... ¡no hay Dios! ¡Mentira! ¡Qué clase de Dios podría permitir tales bajezas!"

Su color no era pálido; era verduzco; todas las líneas de su cara se habían ahondado.

-- ¡Hemos tenido terribles disgustos! dijo.

Llevaba las cicatrices de aquellas escenas en la faz y en toda su persona; no cicatrices físicas... sino el orgullo destrozado de una esposa ultrajada... las heridas de un corazón traicionado...

De cierto se podía creer que habían tenido violentas escenas; pero no dije nada. Sus ojos despedían rayos a través de sus entrecerrados párpados, como los de un gato; su voz era clara y firme:

-- Mi amor por Warren Harding se ha convertido en odio. No será por demás que lo sepa usted, pues es el principio de lo que voy a decirle.

"No es poca cosa destrozar un ser humano arrancándole hasta la raíz sangrante, los afectos incrustados durante treinta y tres años de cultivo, en cuyo tiempo han arraigado profundamente. Sería imposible trasplantarlos. ¿Y no es eso lo que él ha hecho? Destrozarlos, despiadadamente, cruelmente... con el fin de injertarse en una planta joven y floreciente..."

¿A dónde conduciría aquel exordio?

-- ¡Terribles, terribles disgustos hemos tenido! repitió.

"He podido observar cómo su cabeza ha venido encaneciendo, día tras día; cómo su cuerpo se ha venido encorvando más visiblemente, también de día en día... rasgos de tristeza y angustia van marcándose en su hermosa fisonomía más y más... firme e inevitablemente dirigiéndose al terrible final que el destino ha ordenado y del cual no puede haber escapatoria. ¡Qué bosquejo de tragedia!"

En su voz no se notaba el menor asomo de compasión, ni en sus palabras tampoco: nada de sentimiento. Frías, amargas, calculistas.

"Nadie conoce mejor que yo los eslabones de la cadena; cómo ellos los han venido forjando uno por uno... a través de los años, y que ahora lo aprisionan, que ahora lo retienen inerme, sin esperanza. Tan claro como la luz del día y bien lo veo; lo he recorrido retrospectivamente por años.

"Hasta el momento en que supe de la muerte de Jess Smith, estuve embargada por un terror semejante a un verdadero pánico. ¿Cuál sería el fin de todo esto? No soy una tonta; ya sabía lo que estaba pasando; Warren Harding no se atrevía a oponerse a lo que sugerían sus fingidos amigos, pues ellos llevaban el mando en la mano. Están sirviéndose de Warren como instrumento para acumular millones en beneficio propio; enjuagues, sobornos, tributos, sangrías...; bribonadas, traiciones, conspiraciones!... y todo ¿por qué? Todo porque él fué demasiado tonto y perdió la cabeza por una muchacha que no tenía influencia alguna sobre él exceptuando la lujuria de ambos..."

(¿Qué podría decir yo? Ella no esperó comentario alguno ni yo lo hice; prosiguió:)

"¡Cielos! ¡Que haya vivido yo para poder verlo! ¡TENER QUE CONSENTIR él a TODO lo que ellos quieran! El mundo podrá creer que es por debilidad de carácter; pero no es eso... es por su lujuria por esa muchacha..."

"¡Ah! Hemos tenido durísimos reproches! He recibido tales heridas que difícilmente podría decir cuál es la que me hace sufrir más. Piense en sus gastos... darle a Nan Britton más dinero del que gasta en su propio hogar en la Casa Blanca... Ochocientos dólares en una semana, mil dólares a la siguiente y así sucesivamente... para sus lujos y para el sostenimiento de su pretendida hija..."

Se acercaba a una gran crisis, pero yo no podía adivinar sus intenciones. Seguía perplejo cuando ella continuó:

"--¡Ah! qué contrariedades tan espantosas! Después de una de ellas, un día le dije:

- Warren... ¡presiento que se acerca!
- ¿Qué cosa?
- ¡El escándalo de la publicidad!

"Pareció perder la razón en aquel instante y exclamó:

-- ¡Maldición! ¡Déjalo llegar, déjalo llegar! ¡Por Dios... me alegraré de que llegue y salgamos de él!

-- ¡Pero te acusarán!

-- ¡Diré la verdad!

-- ¡Te degradarán!

-- ¡Diré la verdad!

-- ¡Quizá te manden a la prisión!

-- ¡Diré toda la verdad, la verdad exacta! No podrá haber ningún jurado de doce americanos, hombres o mujeres, que se atrevan a enviarme a la prisión; pero aún ahí, sería la paz, comparada con este infierno! Yo no soy un criminal; déjalos que me acusen... ¡Dios sabe... que estoy harto de todo! ¡Ojalá que pase! ¡Ojalá, ojalá!

"Solamente pude verlo y murmurar:

-- ¿Estarás loco?

"De fijo que estaba loco, porque, furioso, me gritó:

-- ¡No, no estoy loco! ¡Eso también sería un descanso... ¡volverse loco!

"Me era imposible hablar; nunca había visto a Warren Harding en aquel estado; y él continuó:

-- Si ellos me acusan... entonces... ¿sabes lo que voy a hacer? ¿Quieres saberlo? ¡Te lo diré! El mundo es grande... y... me llevaré mi hija y me escaparé... ¡Nadie me separará de mi hija! ¡Ni tú! ¡Oyeme bien, ni tú misma!

-- Warren... Warren... sollozaba yo...

-- ¡Vamos! ¡Lo he dicho y lo cumpliré!

"Me admiro cómo fué que no lloré como otras mujeres; estoy seguro de que cualquiera otra lo hubiera hecho; pero no he vuelto a llorar más; años antes... podía hacerlo, pero ahora ya no; de manera que calmamente le pregunté:

-- ¿Y qué harás de mí? Mi voz estaba tan firme como si le preguntara la hora. El me replicó:

-- Puedes hacer... lo que se te ocurra...

"En aquel instante comencé a suplicar; él estaba trastornado y bien podía verlo. Entonces le recordé:

-- ¡Warren, Warren... acuérdate de nuestro tierno cariño!...

"No me dejó terminar.

-- ¡Tierno cariño! remedó; ¡nuestro tierno amor! ¡Amor! ¡Yo nunca te he querido a tí! ¿Querías saber la verdad? ¡Ahora la tienes! ¡Tierno cariño! ¡Tú me atrapaste! ¡Dios de los cielos... tierno amor... ¡pero si tú me atrapaste!...

"Señor Means: Aquellas fueron las palabras textuales de lo que el Presidente Harding vociferó; exactas... eso fué lo que dijo a la que durante treinta y tres años fué su esposa... ¡Ah! fué una escena terrible; esa noche estaba extraviado...

"Pues bien; la siguiente mañana estuvo humilde y penitente, como de costumbre, porque siempre ha tenido un corazón bondadoso y me pidió perdón... Le dije que lo perdonaba... ¡cuántas veces he tenido que perdonar!... pero bien comprendí que las cosas no podrían nunca volver a estar como antes. Lo que oí esa noche, no lo olvidaré; él arguía después que había perdido el dominio de sí mismo, y de hecho eso había sucedido y podría acontecer después: ¡A veces la pérdida de sí mismo es una manera de darse a conocer como se es en realidad!

"¿Que yo lo había atrapado! ¡Que se llevaría a su hija y se escaparía! ¡Vaya... ya lo veríamos! Esas dos frases me han quemado la mente una y otra vez, más que todas las demás... y he hecho un juramento, un solemne juramento: ¡Que nunca, nunca, ¡NUNCA! se llevará a su hija ni se escapará con ella!

"Desde esa noche y a pesar de las palabras de perdón pronunciadas después, ha existido un abismo entre nosotros. El afecto y el amor idolátrico que yo le profesaba y que habían gobernado mi alma, mi mente y mi cuerpo se transformaron en algo amargo, negro y pesado. ¡Fué el nacimiento del odio! El odio cristalizó en mi ser interno. Odio a Warren Harding con una repulsión más grande aún que mi amor y devoción anteriores... ¡Es un odio, acuértese, que sobrepasa la adoración y el amor de treinta y tres años! ¿Sintió acaso alguna vez un corazón de mujer, odio tan fiero?"

Todo aquel que hubiera podido ver en ese instante a la señora Harding, habría creído a pie juntillas la veracidad de lo que acababa de decir...

-- Pero una mujer no puede odiar en esa forma cuando antes ha amado, sugerí, aunque tenía poca fe en mis propias palabras; lo hice por vía de comentario.

Rápida como el rayo arguyó:

-- ¿Qué sabe usted de eso? ¡Nada absolutamente! Yo tampoco conozco las teorías de los hombres en tales asuntos; yo sólo conozco "LOS HECHOS". ¡Warren Harding nunca se llevará a esa niña... ¡nunca!

"Hubo una ocasión (prosiguió), que en beneficio suyo, para acallar a sus amigos que lo andaban persiguiendo y calumniando, pensé en la posibilidad de arreglar que alguna persona de mi familia, por ejemplo la esposa de mi hijo, adoptara a la niña... y en esa forma él la podría tener... allá. Si esto se hubiera hecho, habría callado a sus enemigos. Tuve conocimiento una vez, de que una señora adoptó el niño de su doncella; y éste era un caso similar. Hasta Josefina llevó el niño de Napoleón a su corazón y quería adoptarlo; pero... después de lo que él me dijo... no volví a pensar en tal cosa.

"Cuando estuve grave... creyeron que moriría. A pesar de ello, ¡aún estoy viva! Y seguiré viviendo mientras las cosas continúen como hasta ahora. "EL" es el que merece la muerte; no merece la vida... Yo lo hice lo que es ahora... y él lo sabe.

"Piense en el pobre y débil tonto... el Presidente de los Estados Unidos dispuesto a ser degradado y acusado y convertido en una risible piltrafa ante el mundo entero y a pasar a la historia como tal... porque había decidido apoderarse y retener una hija ilegítima, nacida fuera del lecho conyugal... cuya madre tiene treinta años menos que él... una criatura hueca, tonta, pretenciosa, que va tras el dinero y tras la sensación de sus atenciones y el morboso placer de sus entrevistas! Todo lo cual me recuerda un trabajo de investigación hecho por mí, del cual usted no sabe aún."

-- ¿Qué es ello?

Repentinamente, en su excitación, se levantó y me miró frente a frente.

-- ¡Sus citas! Usted investigó cómo viajaron juntos en camas de Pullman y cómo estuvieron en hoteles en casi todas las ciudades de la nación, de un extremo del continente al otro. Pero yo descubrí... la forma como se ha estado deslizando ella dentro de la Casa Blanca, que es mi hogar y el hogar de la nación... cómo han venido profanando el hogar de los americanos utilizando un ropero allá abajo, poniéndose al nivel de una vulgar criada y de un jardinero... ¡Hasta una fregandera hubiera tenido más dignidad y respeto de sí misma!

(¡A-já! Esto era resultado del aviso de alguien del servicio interior, hombre o mujer... ¡y yo no lo sabía!

-- ¡Piénselo, Gaston Means! ¡Yo fui quien lo descubrió! ¡Inaudito! ¡Tonto, tonto, tonto!

Estaba ella temblando tan fuertemente, que me alarmé. Temí un desmayo; me levanté y permanecí a un lado de su silla y le puse mi mano sobre el hombro para calmarla, pero ella la rechazó.

-- ¡Déjeme sola! gritó. ¿Qué sabe usted de eso? Usted es un hombre; usted está a su favor y contra mí, como todos

los demás hombres. ¿Sus amigos? Bandidos... ladrones... traidores! ¡Todos, todos... riéndose de mí... sabiendo siempre lo de la niña, y aprovechando ese conocimiento como un látigo para obligarlo a firmar todos los papeles que se le presentaban, por medio de los cuales podrían robar y saquear la nación! ¡Y riéndose de mí... ¡tan hábiles han sido! ¡Tonta!

Cerca, junto a su silla, estaba una mesita; ella se recostó contra ella, y yo preparé mi mano para sostenerla en caso de que cayera.

Entre sus dedos comenzaba a enrojecerse lentamente la maltrecha trama de su pañuelo; le llamé la atención, pues como en ocasiones anteriores, una y otra vez había estado cruzando y separando sus dedos tan firmemente que los anillos habían cortado la carne y comenzaban a sangrarla. Envolvió el dedo bien apretado con el pañuelo, sin prestar atención a la herida escarlata y siguió diciendo

-- ¡Bueno... bueno... ya lo hicieron! Todos saldrán ricos, multi-millonarios, y tan hábilmente se han escudado con él, que no habrá ley que pueda perseguirlos; ¡pero el que ríe al último es el que ríe mejor! ¡Todavía no terminan conmigo! ¡Veremos, veremos!

La pobre señora tuvo que sentarse al fin, agotada. Su cerebro estaba ardiendo, bien lo veía yo, y difícilmente comprendía lo que acababa de decir; sin embargo de lo cual sentí un calosfrío oculto... pues un helado hálito de comprensión me advirtió... que éste podría realmente no ser el final, sino más bien el principio de la tragedia...

Repentinamente... según costumbre, varió con rapidez el curso de sus ideas y de la conversación, al decirme:

-- Y ahora dígame: ¿quién mató a Jess Smith y cómo sucedió exactamente?

---:---:---